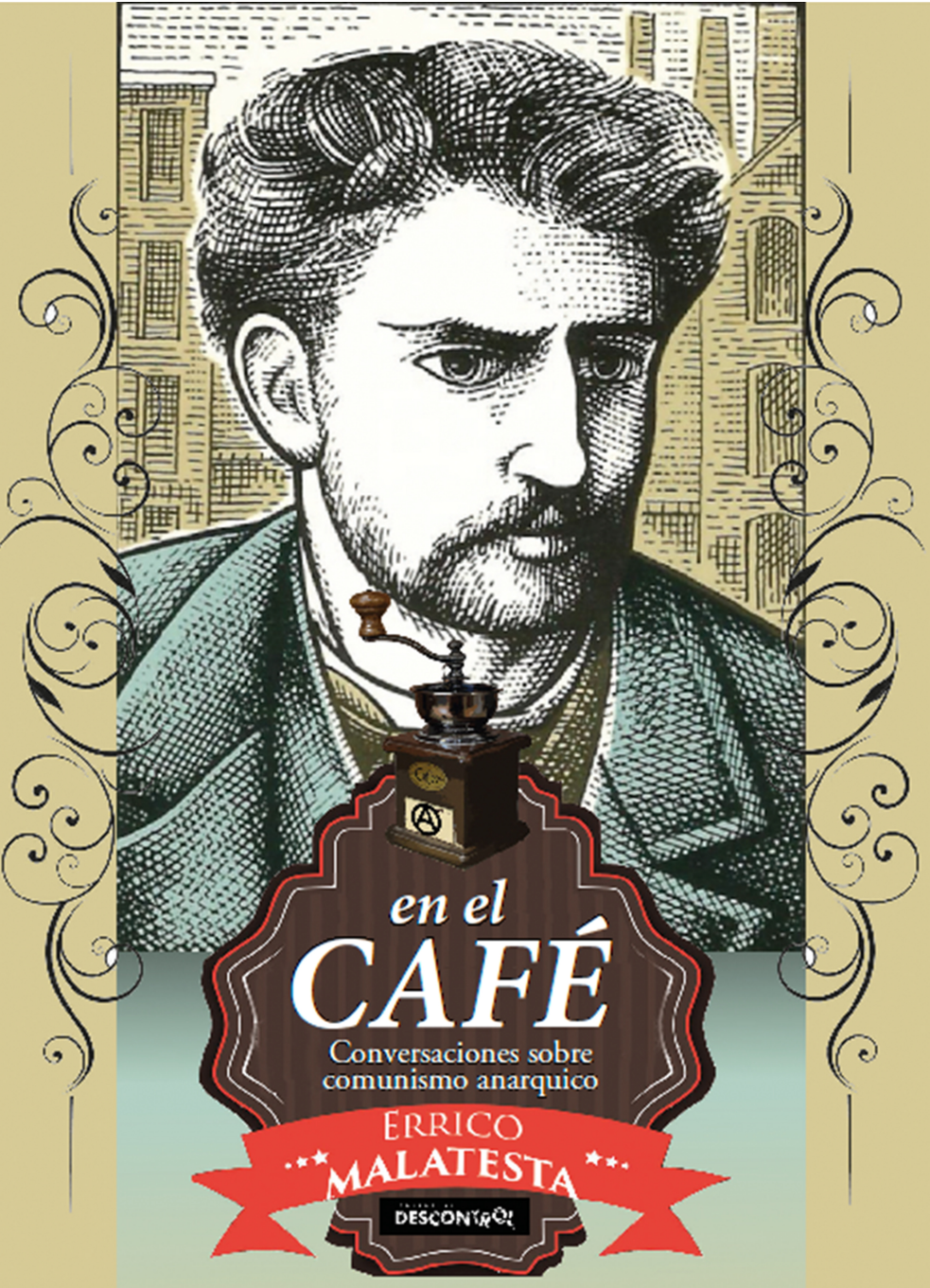
en el
CAFÉ
Conversaciones sobre
comunismo anarquico
ERRICO
MALATESTA
DESCONTROL

En el café

ISBN: 978-84-16553-32-7
Depósito Legal:

Digitalización: Biblioteca "Alberto Ghiraldo" y anarquistas Rosario
Traducción: Diego Abad de Santillan
Revisión y presente edición: Editorial Descontrol
descontrol@riseup.net

Barcelona, abril del 2015
Impreso en la imprenta autogestionada El Taller

Reconeixement – NoComercial (by–nc): Es permet la generació d'obres derivades sempre que no se'n faci un ús comercial i es citi la font. Tampoc es pot utilitzar l'obra original amb finalitats comercials.

En el café

Conversaciones sobre comunismo anárquico

E. Malatesta

EDITORIAL
DESCONTROL

Errico ,Malatesta
1853- 1931

Errico malatesta, la acción y la propaganda revolucionaria

Para Malatesta, la palabra fue siempre un arma de combate: artículos, manifiestos, panfletos, proclamas, alegatos; su vida entera es una contínua divulgación de principios para acciones concretas de organización anárquica y revolucionaria. Las palabras son herramientas para el esclarecimiento de los oprimidos, un vasto arsenal en la lucha de clases.

El comunismo anárquico no es ni será nunca un conjunto de preceptos definidos para siempre. Es la construcción colectiva de herramientas, de ideas encarnadas en acciones solidarias a favor de la libertad, que tengan como fundamento la acción directa, el socialismo libertario.

Errico Malatesta nació en Sta María Dicapua Vetere (Nápoles-Italia) en 1853. Proviniendo de una familia acomodada económicamente, pronto rompió con ella, al ser arrestado a los catorce años por su insumisión antimonárquica. Comenzó su activismo político a los 17 años, cuando se interesa por los principios de la Internacional y el socialismo antiautoritario.

En 1872 toma contacto con Bakunin, de quien se considerará su discípulo. Fundador e impulsor de periódicos como 'Umanitá Nova', 'Volontá', 'La Asociazzio-

ne', sostenedor de la sección italiana de la Iª Internacional, junto a otros compañeros como A. Borghi y Luiggi Fabbri.

Luego, Malatesta inicia una serie de viajes y participa en distintas acciones de agitación social. Viaja por Suiza, España, Egipto, Rumania, Francia, Bélgica e Inglaterra.

En marzo de 1885, para evitar ser apresado en Europa, decide partir hacia la Región Argentina. Aquí participará de la fundación de sindicatos (la Sociedad de Resistencia Cosmopolita de Obreros Panaderos), promoverá la organización del proletariado, y a la vez participará en fuertes debates y luchas ideológicas con los anarquistas individualistas.

En la Primera Guerra Mundial, Malatesta se muestra partidario de la oposición activa a la guerra, llama a la deserción revolucionaria en todos los países por considerarla una guerra fratricida en provecho de los intereses de minorías explotadoras. Esto producirá la separación ideológica con Kropotkin (partidario de la alineación con Francia e Inglaterra). La separación se ejemplifica con la oposición de Malatesta al "Manifiesto de los 16" de Kropotkin.

En 1920 se produce una ola de ocupaciones de fábricas por parte de los trabajadores donde Malatesta participa, siendo inspirador del movimiento (desde la Unione Sindicale Italiana). Con la llegada de Mussolini, Malatesta es procesado por su participación antifascista en varias revistas. Prisionero en su domicilio, aislado y reprimido por el fascismo, muere el 22 de julio de 1932 en Roma.

Los debates sobre comunismo anárquico que Malatesta esboza **En el café**, forman parte de la trilogía de folletos que se completa con: **Entre campesinos** y **En tiempo de elecciones**.

Era frecuente para Errico Malatesta tener que buscar refugio en pequeñas aldeas, para ponerse a resguardo de los esbirros policiales. Entre una insurrección y otra, forzadamente alejado de los mítines y asambleas, escribía diálogos con la pretensión de llegar con las ideas anarquistas a los trabajadores de los campos y las ciudades.

En el folleto En el café, Malatesta plantea en un lenguaje coloquial y sencillo cuestiones esenciales, de la vida cotidiana: la desigualdad económica y social, la explotación capitalista, la necesidad del amor libre, la utilidad de una educación integral que ensamble trabajo manual e intelectual.

Los diálogos de Malatesta son una incitación al debate y un estímulo para la acción transformadora, y el comunismo anárquico una alternativa revolucionaria frente a la barbarie capitalista, estatalista y patriarcal.

Carlos A. Solero
Rosario, Primavera de 2009

CAPITULO I

Próspero (Gordo burgués entendido en economía política y otras ciencias) – Sí, sí... lo sabemos. Hay gentes que sufren hambre, mujeres que se prostituyen, niños que mueren por falta de cuidados. Dices siempre lo mismo... ¡al fin te vuelves aburridor! Déjanos sorber en paz nuestros helados... Sí, hay males en la sociedad: hambre, ignorancia, guerra, delito, peste, el diablo que te lleve... y ¿en último resultado? ¿Qué te importa a ti?

Miguel (Estudiante que tiene relaciones con socialistas y anarquistas) – ¡Cómo! ¿Y en último resultado? ¿Que qué es lo que me importa? Usted tiene una casa cómoda, una mesa rica, criados a sus órdenes. Usted mantiene los hijos en el colegio, envía la mujer a los baños; para usted todo va bien. Y porque usted está bien, que se hunda el mundo, nada le importa. Pero, si tuviese un poco de corazón, sí...

Próspero – Basta, basta... no nos sermonees ahora. Y además, jovencito, termina con ese tono. Tú me crees insensible, indiferente a los males ajenos. Al contrario, mi corazón sangra: pero con el corazón no se resuelven los grandes problemas sociales. Las leyes de la naturaleza son inmutables, y no es con declamaciones ni con un afeminado sentimentalismo como pueden ser modificadas. El sabio se doblega ante los hechos y goza

de la vida lo mejor que puede sin correr tras sueños insensatos.

Miguel – Ah, ¿se trata de leyes naturales?... ¿Y si a los pobres se les metiera en la cabeza corregir esas famosas leyes de la naturaleza? Conozco gentes que pronuncian discursos verdaderamente poco tranquilizadores para esas señoras leyes.

Próspero – Sí, sí, sabemos con quién andas. Di de parte mía a esa canalla de socialistas y anarquistas, de quienes haces tu compañía predilecta, que para ellos y para los que incurran en la tentación de poner en práctica sus teorías malvadas, tenemos buenos soldados y óptimos carabineros.

Miguel – Oh, si pone en medio los soldados y los carabineros, no hablo más. Es como si para demostrarme que estoy en un error me propusiera una partida de pugilato. Pero si no tiene mas argumentos que la fuerza bruta, no se fíe de ella. Mañana podrán encontrarse ustedes los más débiles; ¿y entonces?

Próspero - ¿Entonces? Entonces, si sucediera eso desgraciadamente, habría un gran desorden, una explosión de malas pasiones, estragos, saqueos... y luego se volvería a la vieja situación. Tal vez algún pobre se habría vuelto rico, pero en suma no se habría cambiado nada, porque el mundo no se puede cambiar. Tráeme, tráeme alguno de tus agitadores anarquistas y verás cómo te lo arreglo. Valen para llenaros la cabeza de patrañas a vosotros que la tenéis vacía; pero ya verás si pueden sostenerlas conmigo.

Miguel – Muy bien, traeré algún amigo mío que profesa los principios socialistas y anarquistas y asistiré con placer y provecho a la discusión. Pero, entretanto, razone un poco conmigo, que no tengo aun opiniones bien formadas, pero veo, sin embargo, claramente que la sociedad tal como está organizada, es algo contrario al buen sentido y al corazón humano. Vamos, usted está tan gordo y florido que un poco de excitación no le hará mal. Le ayudará a su digestión.

Próspero – Pues bien, sea, razonemos. Pero ¡cuánto mejor sería que pensaras en estudiar en lugar de lanzar juicios sobre cosas que preocupan a los hombres más doctos y más sabios! ¿Sabes que tengo veinte años mas que tú?

Miguel – Eso no demuestra que usted haya estudiado más; y si debo juzgarlo por lo que le oigo decir de ordinario, dudo que si estudió mucho lo haya hecho con provecho

Próspero – Jovencito, jovencito, un poco más de respeto, ¡eh!

Miguel – Si, le respeto. Pero no me eche en cara la edad como hace poco me oponía los carabineros. Las razones no son ni viejas ni jóvenes; son buenas o malas, he ahí todo.

Próspero – Bien, bien, adelante. ¿Qué tienes que decir?

Miguel – Tengo que decir que no comprendo por qué los campesinos que aran, siembran y cosechan no tienen ni pan, ni vino, ni carne en suficiencia; por qué los albañiles que hacen las casas no tienen un techo bajo

el cual reposar, por qué los zapateros tienen los zapatos rotos; por qué, en suma, los que trabajan, los que producen todo carecen de lo necesario, mientras los que no hacen nada útil nadan en lo superfluo. No puedo comprender por qué hay gente que carece de pan, cuando hay tierras incultas y tantas gentes que serían felices si pudieran cultivarlas; por qué hay tantos albañiles desocupados cuando tantas personas tienen necesidad de casas; por qué no tienen trabajo tantos zapateros, sastres, etc., mientras la mayoría de la población carece de zapatos, de vestidos y de todas las cosas necesarias a la vida civil ¿Podrá decirme cuál es la ley natural que explica y justifica estos absurdos?

Próspero – Nada más simple y claro.
Para producir no bastan los brazos, sino que se necesita tierra, materiales, instrumentos, locales, máquinas y se necesitan también los medios para vivir en espera de que se haga el producto y se pueda llevarlo al mercado; se necesita, en suma, capital. Tus campesinos, tus obreros no tienen más que brazos; por consiguiente no pueden trabajar si no le agrada a quien posee la tierra y el capital. Y como nosotros somos poco numerosos y tenemos suficiente aun dejando por un tiempo inculta la tierra e inactivos los capitales, mientras los obreros son muchos y están apremiados siempre por la necesidad inmediata, ocurre que éstos deben trabajar cuándo y cómo nos plazca a nosotros y en las condiciones que queramos. Y cuando no tenemos necesidad de su trabajo y calculamos que no ganamos nada haciéndoles trabajar, son

obligados a permanecer inactivos aun cuando tengan la mayor necesidad de las cosas que podrían producir.
¿Estás contento ahora? ¿Quieres que te hable más claramente aún?

Miguel – Sí, eso es lo que se llama hablar claro, no hay nada que decir.
Pero, ¿con qué derecho pertenece la tierra a algunos? ¿Cómo es que el capital se encuentra en pocas manos, y precisamente en manos de los que no trabajan?

Próspero – Sí, sí, sé todo lo que puedes decirme y sé también las razones más o menos deficientes que otros te opondrían: el derecho de propiedad se deriva de las mejoras hechas en la tierra, del ahorro mediante el cual el trabajador se convierte en capitalista, etc.
Pero a mí me gusta ser franco. Las cosas, así como están, son el resultado de hechos históricos, el producto de toda la secular historia humana. Toda la vida de la humanidad ha sido y será siempre una continua lucha. Hay quienes salieron bien en ella y quienes salieron mal. ¿Qué puedo hacer? Tanto peor para unos y tanto mejor para los otros. ¡Ay de los vencidos! He ahí la gran ley de la naturaleza contra la cual no hay rebeldía posible.
¿Qué querrías tú? ¿Que me despojase de lo que tengo para pudrirme luego en la miseria mientras otro gozaría de mi dinero?

Miguel – No quiero precisamente eso. Pero pienso: ¿si los trabajadores, aprovechándose de que son muchos y apoyándose en su teoría de que la vida es lucha y de que el derecho se deriva de los hechos, se metiesen en la

cabeza la idea de hacer un nuevo “hecho histórico”, el de quitarles a ustedes la tierra y el capital e inaugurar un derecho nuevo?

Próspero – ¡Eh! Es verdad, eso podría embrollar un poco nuestros negocios.
Pero... continuaremos otra vez. Ahora tengo que ir al teatro. Buenas noches a todos.

CAPITULO II

Ambrosio (Juez) – Escuche, señor Próspero, ahora que estamos entre nosotros, todos buenos conservadores. La otra noche, cuando hablaba con ese cabeza hueca de Miguel, no quise entrometerme; pero, ¿es aquél modo de defender las instituciones? ¡Casi casi parecía usted anarquista!

Próspero – Oh, ¿y por qué?

Ambrosio – Porque decía, en sustancia, que toda la organización presente de la sociedad está fundada en la fuerza, dando así razón a los que quisieran destruirla con la fuerza. Pero los supremos principios que rigen las sociedades civiles, el derecho, la moral, la religión, ¿no los cuenta para nada?

Próspero – Sí, usted tiene siempre la boca llena con su derecho. Es un vicio que procede del oficio. ¡Y decir que si mañana el gobierno decretase, supongamos, el colectivismo, usted condenaría a los partidarios de la propiedad individual con la misma impasibilidad con que condena hoy a los anarquistas... y siempre en nombre de los supremos principios del derecho eterno e inmutable! Usted ve bien que es cuestión de nombres, Usted dice derecho, yo digo fuerza, pero al fin lo que decide de veras son los sacrosantos carabineros y tiene razón el que los tiene de su parte.

Ambrosio - ¡Vamos, vamos, señor Próspero! Parece imposible cómo en usted el amor al sofisma sofoca siempre los instintos del conservador. No comprende de qué mal efecto es ver una persona como usted, uno de los más pudientes de la región, dar argumentos a los peores enemigos del orden. Créame: dejemos de disputar entre nosotros, al menos en público, y agrupémonos para defender las instituciones que por la malignidad de los tiempos están sufriendo rudas sacudidas... y para defender nuestros intereses en peligro...

Próspero – Estrechemos las filas, bien; pero si no tomamos enérgicas medidas, si no se acaba con el doctrinarismo liberal no se hará anda.

Ambrosio – Oh, sí, eso es verdad. Son necesarias las leyes severas y severamente aplicadas.
Pero eso no basta. Sólo con la fuerza no se tiene largo tiempo sujeto al pueblo, máxime en los tiempos que corren. Es preciso oponer la propaganda a la propaganda, es preciso persuadir a las gentes de que tenemos razón.

Próspero – ¡Estará fresco entonces! Pobre amigo mío, por los comunes intereses, le ruego que se guarde bien de la propaganda. Es una cosa subversiva aunque se haga por conservadores; y su propaganda se volvería siempre beneficiosa para los socialistas, los anarquistas o como diablos se llamen.
Vayamos a persuadir a uno que tiene hambre de que es justo que no coma; ¡tanto más cuanto de que él mismo el que produjo los alimentos! Mientras no piense, y marche bendiciendo a dios y al patrón por lo poco que le

dejan, está bien. Pero desde el momento que comienza a reflexionar sobre su condición, todo acabó: se convierte en un enemigo con el que no será posible reconciliarse. ¡Sí, sí! Es preciso evitar todo precio de propaganda: sofocar la prensa con o sin o aun contra las leyes...

Ambrosio – ¡Seguramente, seguramente!

Próspero – Impedir toda reunión, disolver las asociaciones, meter en la cárcel a todos lo que piensan...

César (Negociante) – Poco a poco, no se deje llevar de la pasión. Recuerde que otros gobiernos y en tiempos mas propicios han adoptado los métodos que usted aconseja... y han precipitado su caída.

Ambrosio – Silencio, silencio; he ahí a Miguel que viene acompañado con un anarquista a quien condené el año pasado a seis meses de cárcel por un manifiesto subversivo. En realidad, sea dicho entre nosotros, el manifiesto estaba hecho de modo que las leyes no habrían podido echarse encima, pero, ¿qué quieren? La intención delictiva estaba allí... ¡y además, la sociedad debe ser defendida!

Miguel – Buenas noches, señores. Les presento un amigo anarquista que ha querido aceptar el desafío lanzado la otra noche por el señor Próspero

Próspero – ¿Qué desafío, qué desafío? Se discute así entre amigos para pasar el tiempo. Por tanto, usted me explicará sobre lo que es esa anarquía de la cual no hemos podido comprender nunca nada.

Jorge (Anarquista) – No oficio de profesor de anarquía y no vengo a darles un curso de anarquía; pero

en suma, mis ideas puedo defenderlas. Por lo demás aquí está este ese señor *(señalando a Ambrosio en tono irónico)* que debe saber mas que yo. Ha condenado a tanta gente por anarquismo y como, ciertamente, es hombre de conciencia, no lo habrá hecho sin haber estudiado previamente el argumento.

César – Vamos, vamos, no hagamos cuestiones personales... Y ya que debemos hablar de anarquía, entremos pronto en el asunto.
Vea, yo reconozco que las cosas van mal y que no es preciso remediarlas. Pero no hay que caer en utopías y sobre todo hay que huir de la violencia. Ciertamente el gobierno debería preocuparse mas a fondo de la causa de los trabajadores; debería procurar trabajo a los desocupados, proteger la industria nacional, estimular el comercio. Pero...

Jorge – ¡Cuántas cosas quiere usted hacerle hacer al pobre gobierno! Pero el gobierno no quiere preocuparse de los intereses de los trabajadores y se comprende...

César – ¿Cómo, se comprende? Hasta ahora el gobierno se ha mostrado verdaderamente incapaz y tal vez poco voluntarioso para remediar los males del país, pero mañana ministros instruidos y celosos podrían hacer lo que no se hizo hasta aquí...

Jorge – No, querido señor, no es cuestión de un ministerio o de otro. Es cuestión del gobierno en general: de todos los gobiernos, del de hoy como del de ayer y como del de mañana. El gobierno emana de los propietarios, sus miembros son ellos mismos propietarios; ¿cómo podría, pues, obrar en interés de los trabajadores?

Por otra parte, el gobierno, aunque quisiera, no podría resolver la cuestión social, porque ésta depende de causas generales que pueden ser destruidas por un gobierno y que al contrario determinan ellas mismas la naturaleza y la tendencia del gobierno. Para resolver la cuestión social es preciso cambiar radicalmente todo el sistema que el gobierno tiene precisamente por misión defender.
Usted habla de dar trabajo a los desocupados. ¿Pero, cómo puede hacer eso el gobierno si no tiene trabajo? ¿Debe realizar obras inútiles? ¿Y quién las pagará luego? ¿Debería hacer producir para proveer a las necesidades insatisfechas de las gentes? Pero entonces los propietarios no encontrarían modo de vender los productos que usurpan a los trabajadores, al contrario, deberían cesar de ser propietarios, pues el gobierno, para poder hacer trabajar la gente, tendría que quitarles la tierra y el capital que tienen monopolizados.
Eso sería la revolución social, la liquidación de todo el pasado, y usted comprende bien que si eso no lo hacen los trabajadores, los pobres, los desheredados, el gobierno, ciertamente, no lo hará nunca.
Proteger la industria y el comercio, dice usted: pero el gobierno no puede a lo sumo más que favorecer una clase de industriales en perjuicio de otra clase, los comerciantes de una región en perjuicio de otra; y por consiguiente, en resumen, no se habría ganado nada y se tendría un poco de favoritismo, un poco de injusticia y muchos gastos improductivos de más. En cuanto a un gobierno que protegiera a todos, es una idea absurda, puesto que el gobierno no produce nada y por lo tanto

no puede hacer más que cambiar de lugar la riqueza producida por los otros.

César - ¿Pero, entonces? Si el gobierno no quiere y no puede hacer nada, ¿qué remedio queda? Aun si ustedes hicieran la revolución será preciso que formen otro gobierno; y como usted dice que todos los gobiernos son lo mismo, después de la revolución se estará en lo mismo que antes.

Jorge – Usted tendría razón si la revolución que nosotros queremos fuese un simple cambio de gobierno. Pero nosotros queremos la completa transformación del régimen de la propiedad, del sistema de producción y de cambio; y en cuanto al gobierno, órgano parasitario, inútil y nocivo, no lo queremos de ningún modo. Consideramos que mientras haya un gobierno, es decir, un ente sobrepuesto a la sociedad y provisto de medios para imponer con la fuerza la propia voluntad, no habrá emancipación real, no habrá paz entre los hombres. Usted sabe que soy anarquista, y anarquía quiere decir sociedad sin gobierno.

César – ¿Pero cómo? ¿Una sociedad sin gobierno? ¿Cómo se haría para vivir? ¿Quién haría las leyes? ¿Quién las haría ejecutar?

Jorge – Veo que no tiene ninguna idea de lo que queremos nosotros. Para no perder el tiempo en divagaciones, será preciso que me deje explicarle breve, pero metódicamente, nuestro programa y así podremos discutir con utilidad reciproca.
Pero ahora es tarde, comenzaremos el día próximo.

CAPITULO III

César – Así, pues, ¿nos explicará esta noche cómo se hará para vivir sin gobierno?

Jorge – Haré lo que pueda. Pero ante todo examinemos un poco cómo se está en la sociedad actual y si es verdaderamente necesario cambiar su constitución. Observando la sociedad en que vivimos, los primeros fenómenos que llaman la atención del observador son la miseria que aflige a las masas, la incertidumbre del mañana que pesa más o menos sobre todos, la lucha encarnizada que llevan a cabo todos contra todos por la conquista del pan.

Ambrosio – Señor mío, usted puede continuar un buen rato describiendo los males sociales; la materia no falta. Pero eso no sirve para nada y no demuestra que se estaría mejor poniendo las cosas al revés. No es sólo la miseria la que aflige a la humanidad; existen también pestes, terremotos, cólera... y sería curioso que usted quisiera hacer la revolución contra esos flagelos.
El mal está en la naturaleza de las cosas...

Jorge – Pero quiero precisamente demostrarle que la miseria depende del modo actual de organización social y que en una sociedad más equitativa y más razonablemente organizada debe desaparecer.

Cuando no se conocen las causas de un mal y no se sabe cómo remediarlo, paciencia; pero en cuanto se descubre el remedio está en el interés y el deber de todos el aplicarlo.

Ambrosio – Ahí está su error; la miseria depende de causas superiores a la voluntad y a las leyes humanas. La miseria depende de la naturaleza avara que produce insuficientemente para los deseos de los hombres.
Vea entre los animales, donde no hay que acusar al capital de infame ni al gobierno de tiránico; no hacen más que luchar por el alimento y a menudo mueren de hambre.
Cuando no hay, no hay. La verdad es que somos demasiados en el mundo. Si la gente supiese contenerse y no hiciera hijos más que cuando pudiese mantenerlos... ¿Ha leído a Malthus?

Jorge – Sí, un poco; pero si no lo hubiese leído sería lo mismo. Lo que yo sé, sin tener necesidad de leerlo en parte alguna, es que se necesita una buena cara dura, perdóneme, para sostener esas cosas.
La miseria depende de la naturaleza avara, dice usted, y sin embargo, sabe que hay tantas tierras incultas.

Ambrosio – Pero si hay tierras incultas, eso quiere decir que son incultivable, que no pueden producir bastante para pagar los gastos.

Jorge – ¿Lo cree usted?
Pruebe un poco y regáleselas a los campesinos y verá qué jardines harán de ellas. Por lo demás, ¿es que razona usted en serio? Muchas tierras han sido cultivadas en otros tiempos, cuando el arte agrícola estaba en la infancia y la química y la mecánica aplicada a la agricultura no

existían apenas. ¿No sabe que hoy se pueden transformar en tierras fértiles incluso los pedregales? ¿No sabe que los agrónomos, aun los menos entusiastas, han calculado que un territorio como Italia, si fuera cultivado racionalmente, podría mantener en la abundancia una población de cien millones?

La verdadera razón por la cual las tierras fueron dejadas incultas y no se saca de las cultivadas más que una pequeña parte de lo que podrían dar si se adoptasen métodos de cultivo menos primitivos, está en que los propietarios no tienen interés en aumentar los productos. Estos no se preocupan del bienestar del pueblo: hacen producir para vender, saben que cuando tienen muchos artículos los precios bajan y el provecho disminuye y puede acabar siendo, al fin de cuentas, menor de lo que obtienen cuando los productos escasean y pueden ser vendidos al precio que les agrada.

Esto no ocurre sólo en lo que se refiere a los productos agrícolas. En todas las ramas de la actividad humana pasa lo mismo. Por ejemplo: en todas las ciudades los pobres son constreñidos a vivir en tugurios infectos, amontonados sin preocupación alguna por la higiene y la moral, en condiciones en que es imposible mantenerse limpios y vivir una vida humana. ¿Por qué ocurre eso? ¿ Tal vez porque faltan las casas? ¿Pero por qué no se construyen casas sanas, cómodas y hermosas en cantidad suficiente para todos? Las piedras, la tierra para hacer ladrillos, la cal, el hierro, la madera, todos los materiales de construcción abundan; abundan los albañiles, los carpinteros, los arquitectos sin trabajo que no desean nada mejor que trabajar. ¿Por qué se deja, pues, inacti-

va tantas fuerzas que podrían ser empleadas con ventajas para todos?
La razón es simple, y es que si hubiera muchas casas los alquileres disminuirían. Los propietarios de las casas hechas, que son los mismos que tendrían medios para hacer otras, no tienen ninguna voluntad de ver disminuir sus rentas por los bellos ojos de la pobre gente.

César – Hay verdad en lo que usted dice; pero se engaña al explicar los hechos dolorosos que afligen a nuestro país.
La causa de las tierras mal cultivadas o incultas, de la paralización de los negocios, de la miseria general, es que nuestra burguesía no es emprendedora. Los capitalistas son miedosos e ignorantes y no quieren o no saben desarrollar las industrias, los propietarios de tierras no saben hacer más que lo que hicieron sus abuelos y por otra parte no quieren molestias, los comerciantes no saben abrirse nuevos mercados y el gobierno con su fiscalismo y su estúpida política aduanera, en lugar de estimular las iniciativas privadas, las obstaculiza y las sofoca en la cuna. Vea en Francia, Inglaterra, Alemania.

Jorge – Que nuestra burguesía sea negligente e ignorante, no lo pongo en duda, pero su inferioridad explica sólo por qué es derrotada por la burguesía de los otros países en la lucha por la conquista del mercado mundial: no explica de ningún modo el por qué de la miseria del pueblo. Y la prueba vidente es que la miseria, la falta de trabajo y todo el resto de los males sociales existen en los países donde la burguesía es más activa e inteligente que en Italia: incluso los males son generalmente más

intensos en los países donde la industria está más desarrollada, salvo que los obreros hayan sabido conquistar mejores condiciones de vida con la organización, la resistencia o las sublevaciones.

El capitalismo es el mismo en todas partes. Tiene necesidad, para vivir y prosperar, de una condición permanente de semi-carestía; tiene necesidad de ella para mantener los precios y para encontrar siempre hambrientos dispuestos a trabajar en cualquier condición.

Usted ve, en efecto, que cuando en un país cualquiera es impulsada activamente la producción, no es para dar a los productores el medio de consumir más, sino siempre para vender en un mercado exterior. Si el consumo local aumenta es sólo cuando los obreros han sabido aprovechar las circunstancias para exigir un aumento de salario y han conquistado así la posibilidad de comprar más; pero luego, cuando por una razón o por otra el mercado exterior para el que se trabaja no compra más, viene la crisis, el trabajo se detiene, los salarios se reducen y la negra miseria vuelve a comenzar sus estragos. Y sin embargo en el país mismo la gran mayoría carece de todo ¡y sería tan razonable trabajar para el propio consumo! Pero entonces, ¿qué ganarían los capitalistas?

Ambrosio – ¿Así, pues, usted cree que toda la culpa es del capitalismo?

Jorge – Sí, o más generalmente, del hecho de que algunos individuos han acaparado la tierra y todos los instrumentos de producción y pueden imponer a los trabajadores su voluntad de tal manera que, en lugar de producir para satisfacer las necesidades de la población,

y en vista de esas necesidades, se produce para el beneficio de los patrones.
Todas las razones que podría imaginar para salvar los privilegios burgueses son otros tantos errores, u otras tantas mentiras. Hace poco decía usted que la causa de la miseria es la escasez de productos. En otro momento, puesto que ante el problema de los desocupados, habría dicho que los almacenes están repletos, que los artículos no se pueden vender y que los patrones no pueden hacer trabajar para arrojar luego los productos de trabajo. Y en efecto, tal es el absurdo del sistema: se muere de hambre porque los almacenes están repletos y no hay necesidad de cultivar, o más bien los propietarios no tienen necesidad de hacer cultivar la tierra; los zapateros no trabajan y sin embargo van con los zapatos rotos porque hay demasiados zapatos... y así por el estilo.

Ambrosio – ¿Por consiguiente son los capitalistas los que se deberían morir de hambre?

Jorge – ¡Oh, no! De ningún modo. Deberían simplemente trabajar como los demás. Eso le parecerá un poco duro, pero no lo crea, cuando se come bien el trabajo no es el diablo. Le podría demostrar aún que es una necesidad y una alegría del organismo humano.
Pero, a propósito, mañana tengo que trabajar y ya es demasiado tarde. Hasta otra vez.

CAPITULO IV

César – Me agrada razonar con usted. Tiene una manera de presentar las cosas que parece tener razón... y no digo que se equivoque del todo.
En el presente orden social hay ciertamente absurdos reales o aparentes. Por ejemplo una cosa imposible de comprenderse es la de la aduana. Mientras que entre nosotros la gente muere de hambre o de pelagra por no tener pan bueno y abundante, el gobierno dificulta la recepción del grano de América, que tiene más de lo que es necesario y no quiere nada mejor que vendérnoslo. ¡Es como uno que, teniendo hambre, rehusara comer! Sin embargo...

Jorge – Sí, pero el gobierno no tiene hambre; y tampoco la tienen los propietarios de granos de Italia, en interés de los cuales pone el gobierno derechos de entrada sobre el trigo. ¡Si decidiesen los que tienen hambre, usted vería si rehusarían el grano!

César – Lo sé, y comprendo que con esos argumentos logre usted abrir camino en el pueblo, que ve las cosas en conjunto y por un solo lado. Pero a fin de no engañarse es necesario examinar todos los aspectos de la cuestión y yo me preparaba a hacerlo cuando me interrumpió.

Es verdad que los intereses de los propietarios influyen mucho en la imposición de las tarifas de entrada. Pero por otra parte, si las fronteras fuesen abiertas, los americanos que pueden producir grano y carne en mejores condiciones que nosotros, acabarían por abastecer completamente nuestro mercado; y entonces, ¿qué harían nuestros campesinos? Los propietarios serían arruinados, pero los trabajadores estarían peor aún. El pan podría venderse a cinco céntimos el kilo, pero si no hubiera manera de ganar esos cinco céntimos, se moriría de hambre lo mismo que antes. Por otra parte los americanos querrían que fuera pagada más cara o más barata la mercadería que envían; y si en Italia no se produjese, ¿con qué se pagaría?

Me dirá que en Italia se podrían cultivar aquellos productos para los cuales son mas propicios el suelo y el clima y cambiarlos con los de otras comarcas: el vino, por ejemplo, las naranjas, las floreces y ¡qué sé yo! Pero, ¿si esas cosas que nosotros podemos producir a buen precio no las quieren los otros, porque no tienen empleo para ellas o porque las hacen ellos mismos? Sin contar que para transformar el cultivo se necesitan capitales, conocimientos y sobre todo tiempo: ¿qué se come entretanto?

Jorge – ¡Perfectamente! Usted ha puesto el dedo en la llaga. El libre cambio no puede resolver la cuestión de la miseria como no puede resolverla el proteccionismo. El libre cambio como favorece a los consumidores y perjudica a los productores, y viceversa, el proteccionismo favorece a los productores y perjudica a los consumidores, de modo que para los trabajadores, que

son al mismo tiempo productores y consumidores, en definitiva la cosa es la misma siempre.
Y será siempre así hasta que sea abolido el sistema capitalista.
Si los obreros trabajasen por su cuenta y no para beneficio de los patrones, entonces toda región podría producir lo suficiente para sus necesidades y después no tendría más que ponerse de acuerdo con los otros países para distribuirse el trabajo de producción según la calidad del suelo, el clima, la facilidad para tener materias primas, las disposiciones de los habitantes, etc.; de manera que todos los hombres podrían tener el máximo de disfrutes con el mínimo de esfuerzo posible.

César – Sí, pero esos no son más que sueños dorados.

Jorge – Serán sueños ahora, pero cuando el pueblo haya comprendido que de aquel modo se estará mejor, el sueño se transformará pronto en realidad. No hay más obstáculos que los opuestos por el egoísmo de los unos y la ignorancia de los otros.

César – Hay muchos obstáculos, amigo mío. Usted se imagina que una vez expulsados los patrones, nadarán en la opulencia…

Jorge – No digo eso. Al contrario, pienso que para salir del estado de penuria en que nos mantiene el capitalismo y para organizar la producción de modo que satisfaga ampliamente las necesidades de todos, será preciso trabajar mucho; pero no es la voluntad de trabajar la que falta al pueblo, es la posibilidad. Nosotros nos lamentamos del sistema actual, no tanto porque nos toca mantener a los ociosos en el confort –

aunque eso nos causa muy poco placer – como porque son los ociosos los que regulan el trabajo y nos impiden trabajar en buenas condiciones y producir en abundancia y para todos.

César – Usted exagera. Es verdad que a menudo los propietarios no hacen trabajar para así especular sobre la escasez de los productos, pero más a menudo aún es porque carecen ellos mismos de capitales.

La tierra y las materias primas no bastan para producir. Necesitamos, usted lo sabe, instrumentos, máquinas, locales, medios para pagar a los obreros mientras trabajan, es decir, capital; y eso no se acumula más que lentamente. ¡Cuántas empresas permanecen en proyecto, o comenzadas, y fracasan, por falta de capitales! ¡Figúrese además si, como usted quisiera, viniera una revolución social! Con la destrucción del capital y el gran desorden que se sucedería, no llegarían ustedes más que a la miseria general.

Jorge – Ese es otro error, u otra mentira de los defensores del orden presente: la falta de capital. El capital puede faltar a ésta o a aquélla empresa a causa del acaparamiento hecho por otros, pero tomada la sociedad en general, encontrará que hay una gran cantidad de capital inactivo, lo mismo que hay gran cantidad de tierras incultas.

¿No ve cuántas máquinas se oxidan, cuántas fábricas permanecen cerradas, cuántas casas están despobladas o poco habitadas, mientras la masa de la población no encuentra casa y los albañiles no encuentran trabajo?

Se necesita alimento para los obreros mientras trabajan; pero en suma, esos obreros deben comer aunque estén desocupados. Comen poco y mal, pero quedan con vida y dispuestos a trabajar en cuanto un patrón tenga necesidad de ellos. Por lo tanto no es porque faltan los medios para vivir por lo que los obreros no trabajan: y si éstos pudiesen trabajar por su cuenta, aceptarían también – si fuese verdaderamente necesario – el trabajo viviendo como viven cuando están desocupados, porque sabrían que con aquel sacrificio temporal saldrían después definitivamente del estado de miseria y de sujeción.

Figúrese, de lo que se ha visto muchas veces, que un terremoto destruye una ciudad, arruina una comarca entera. En poco tiempo la ciudad es reconstruida más bella que antes y en la comarca no quedan rastros de desastre. Como en tal caso los propietarios y los capitalistas tienen interés en hacer trabajar, los medios se encuentran pronto, y se reconstruye en un abrir y cerrar de ojos una ciudad entera, donde tal vez antes se había dicho continuamente durante decenas de años que no había medios para fabricar alguna "casa obrera".

En cuanto a la destrucción de los capitales que acontecería en tiempo de revolución, es de esperar que en un movimiento consciente hecho con el fin de poner en común las riquezas sociales, el pueblo no querrá destruir lo que va a convertirse en cosa suya. De cualquier modo no causará más mal que un terremoto.

No, habrá, ciertamente, dificultades antes de que las cosas se pongan en marcha; pero impedimentos serios, sin vencer los cuales no se puede comenzar, no veo más que dos: la inconsciencia del pueblo y… los carabineros.

Ambrosio – Pero diga un poco: usted habla de capitales, de trabajo, de producción, de consumo, etc., pero de derecho, de justicia, de moral y de religión no habló nunca.

Las cuestiones sobre el mejor modo de utilizar la tierra y el capital son muy importantes; pero más importantes aún, por ser más fundamentales, son las cuestiones morales. Yo desearía, que todos estuvieran bien; pero si bien para alcanzar esa utopía hubiera de renegar de los principios eternos del derecho, sobre los cuales debe fundamentarse toda sociedad civil, oh, entonces prefiero mil veces que continúen para siempre los sufrimientos de hoy.

Y además, piense que debe haber una voluntad suprema que regule el mundo. El mundo no se ha hecho por sí mismo y debe haber un más allá, no digo dios, paraíso, infierno, porque usted sería capaz de no creer en ello, debe haber un más allá que explique todo y en el cual las aparentes injusticias de aquí abajo deben encontrar su compensación. ¿Cree usted que puede violar la armonía preestablecida del universo? Usted no puede, y nosotros no tenemos más remedio que inclinarnos.

Cese, pues, de una vez de sobornar las masas, cese de suscitar quiméricas esperanzas en el alma de los desheredados, cese de soplar sobre el fuego que está bajo la ceniza. ¿Quieren ustedes, bárbaros modernos, destruir en un terrible cataclismo social la civilización que es gloria de nuestros padres y nuestras? Si quiere hacer buena obra, si quiere aliviar en lo que es posible los sufrimientos de los míseros, dígales que se resignen con su propia suerte; pues la verdadera felicidad está en contentarse.

Que, por otra parte, cada cual lleve su cruz; todas las clases tienen sus tribulaciones y sus deberes, y no siempre los más felices son los que viven en la riqueza.

Jorge – Vamos, honorable magistrado, deje a un lado las declamaciones sobre los "grandes principios" y las indignaciones convencionales; no estamos en el tribunal y, en este momento, no tiene que pronunciar sentencia alguna contra mí.
¡Como se adivina, al oírle hablar, que usted no está entre los desheredados! Y es tan útil la resignación de los míseros… para quienes viven sobre sus hombros.
Ante todo, déjese, le ruego, de argumentos trascendentales, religiosos, en los cuales ni usted mismo cree. De los misterios del universo no sé nada y usted no sabe más que yo; por eso es inútil traerlos a discusión. Por otra parte, considere que la creencia en un supremo autor, en un dios creador y padre de los hombres no sería un arma segura para usted. Si los sacerdotes, que estuvieren siempre y están al servicio de los señores, deducen el deber de los pobres de resignarse a su suerte, otros podrían deducir (y en el curso de la historia hay quien lo ha deducido) el derecho a la justicia y a la igualdad. Si dios es nuestro padre común, todos nosotros somos hermanos. Dios no puede querer que algunos de sus hijos exploten y martiricen a los otros; y los ricos, los dominadores, serían los Caínes malditos por el padre. Pero dejemos eso.

Ambrosio – Bien, dejemos la religión, porque con usted sería inútil hablar de ella.

¡Pero admitirá seguramente un derecho y una moral superior!

Jorge – Escuche, si fuese verdad que el derecho, la justicia, la moral, exigieran y consagraran la opresión y la infelicidad, aunque fuera de un solo ser humano, le diría de inmediato que derecho, justicia, moral, no son más que mentira, arma infames forjadas para la defensa de los privilegiados; y tales han sido cuando se entienden como usted las entiende.

Derecho, justicia, moral deben tender al máximo bienestar posible de todos, o de otro modo son sinónimos de prepotencia y de injusticia. Y es tan cierto que este concepto responde a la necesidad de existencia y del desarrollo del consorcio humano, que se ha formado y persiste en la conciencia humana y va adquiriendo cada vez más fuerza a pesar de todos los esfuerzos en contra de aquéllos que hasta ahora gobernaron el mundo. Usted mismo no podrá defender más que con pobres sofismas las presentes instituciones sociales con los principios de la moral y de la justicia como usted los entiende cuando habla abstractamente.

Ambrosio – Usted es ciertamente muy presuntuoso. No le basta negar, como me parece que hace, el derecho de la propiedad; pretende que nosotros somos incapaces de defenderlo con nuestros propios principios.

Jorge – Justamente. Si quiere se lo demostraré la próxima vez.

CAPITULO V

Jorge – Por tanto, señor magistrado, si no me engaño, quedábamos en la cuestión del derecho de propiedad.

Ambrosio – Efectivamente. Y siento verdadera curiosidad por oírle defender en nombre de la justicia y del derecho sus propósitos de expoliación y de rapiña.
Una sociedad en que nadie estuviera seguro de lo suyo, no sería una sociedad, sino una horda de lobos dispuestos siempre a devorarse entre sí.

Jorge – ¿Y no le parece que sea ese propiamente el caso de la sociedad actual?
Usted nos acusa de querer la expoliación y la rapiña; pero al contrario, ¿no son los propietarios los que expolian continuamente a los trabajadores y les arrebatan el fruto de su trabajo?

Ambrosio – Los propietarios emplean sus bienes como mejor les parece y tienen el derecho de hacerlo, del mismo modo que los trabajadores disponen libremente de sus brazos. Patrones y obreros contratan libremente el precio de la obra, y cuando el contrato no es violado, ninguno tiene derecho a quejarse.
La caridad podrá aliviar los dolores demasiado agudos, los sufrimientos inmerecidos, pero el derecho debe permanecer intangible.

Jorge – ¡Pero qué dice usted de contrato libre! Si el obrero no trabaja, no come, y su libertad se parece a la del viajero asaltado por los ladrones, que da la bolsa para que no le quiten la vida.

Ambrosio – Admitámoslo; pero no por eso puede negar el derecho a cada cual de disponer de lo suyo como le plazca.

Jorge – ¡Lo suyo, lo suyo! Pero, ¿cómo y por qué puede decir el propietario agrícola que la tierra y los productos son suyos y cómo puede llamar bienes suyos el capitalista a los instrumentos de trabajo y a los demás capitales creados por la actividad humana?

Ambrosio – La ley les reconoce el derecho.

Jorge – Ah, si no es más que la ley, entonces también el bandolero de los caminos podría sostener el derecho a asesinar y a robar: no tendría más que formular algunos artículos de la ley que le reconociese ese derecho. Y por lo demás, eso es precisamente lo que han hecho las clases dominantes: o han hecho la ley para consagrar las usurpaciones ya perpetradas, o la han hecho como medio para usurpaciones nuevas. Si todos sus "supremos principios" están fundados en los códigos, bastará mañana que una ley decrete la abolición de la propiedad privada, y lo que usted llama rapiña y expoliación se convertirá repentinamente en un "principio supremo".

Ambrosio – ¡Oh, pero la ley debe ser justa! debe conformarse con los principios del derecho y de la moral y no ser simplemente el efecto del capricho desenfrenado, de otro modo…

Jorge – Por lo tanto no es la ley la que crea el derecho, sino el derecho el que justifica la ley. Y entonces, ¿cuál es el derecho según el que toda la riqueza existente, tanto natural como la creada por el trabajo del hombre, pertenece a pocos individuos y les da derecho de vida y de muerte sobre la masa de los desheredados?

Ambrosio – Es el derecho que tiene, que debe tener todo hombre a disponer libremente del producto de su actividad. Es un sentimiento natural del hombre, sin el cual no habría sido posible civilización alguna.

Jorge – ¡Hola! He aquí cómo se convierte en defensor de los derechos del trabajo. ¡Muy bien! pero dígame ahora, ¿cómo es que aquéllos que trabajan son los que no tienen nada, mientras que la propiedad pertenece precisamente a los que no trabajan?
¿No le parece que el resultado lógico de su teoría sería que los actuales propietarios son los ladrones, y que, en justicia, sería necesario expropiarlos para devolver las riquezas usurpadas a sus legítimos propietarios, los trabajadores?

Ambrosio – Si hay propietarios que no trabajan, es porque han trabajado antes, ellos o sus antepasados, y tuvieron la virtud de ahorrar y el ingenio de hacer fructificar sus ahorros.

Jorge – ¡Sí, imagínese usted un trabajador, que en general apenas gana para sostenerse de pie, ahorrando y amontonando riquezas!
Usted sabe bien que los verdaderos orígenes de la propiedad están en la violencia, en la rapiña, el robo legal o ilegal. Pero admitamos que uno haya hecho econo-

mías sobre el producto de su trabajo, de su propio trabajo personal: si las quiere disfrutar más tarde, cuándo y cómo le parezca, no hay nada que objetar. Pero la cosa cambia completamente de aspecto cuando comienza lo que usted llama hacer fructificar los ahorros. Eso significa hacer trabajar a los demás y robarles una parte de su trabajo; significa acaparar mercaderías y venderlas más caras de lo que cuestan; significa crear artificialmente la carestía para especular sobre ella; significa quitar a los otros los medios para vivir trabajando libremente a fin de obligarles luego a trabajar por un salario mezquino, y tantas otras cosas semejantes que no corresponden ya al sentimiento de justicia y que demuestran que la propiedad, cuando no deriva de la rapiña franca y abierta, deriva del trabajo de los demás, que los propietarios han hecho girar de un modo u otro en su propio beneficio.

¿Le parece a usted justo que un hombre que, concedámoslo, con su trabajo y con su ingenio ha reunido un poco de capital, pueda después robar a los otros los productos de su trabajo y además asociar a todas las generaciones de sus descendientes el derecho a vivir ociosas sobre las espaldas de los trabajadores?

¿Le parece justo que porque haya habido unos pocos hombres laboriosos y económicos – hablo así para ponerme en su manera de ver – que han acumulado capital, la gran masa de la humanidad deba ser condenada a la perpetua miseria y al embrutecimiento?

Y por otra parte, aun cuando uno haya trabajado por si mismo, con sus músculos y su cerebro, sin explicar a nadie; aun cuando contra toda posibilidad concebible hubiese uno podido producir mucho mas de lo que le

es necesario, sin el concurso directo o indirecto de toda la sociedad, no podría por eso ser autorizado para causar mal a los demás, para quitarles los medios de vida. Si alguien hiciera un camino a lo largo del litoral, no podría reivindicar por eso el derecho a impedir a los otros el acceso al mar. Si alguien pudiese desmontar y cultivar por sí solo todo el territorio de una provincia, no podría por eso pretender condenar al hambre a todos los habitantes de la provincia. Si uno hubiese creado nuevos y poderosos medios de producción, no tendría derecho a usar de su invención de modo para someter a los hombres a su dominio y menos aún el de asociar a toda la serie infinita de sus descendientes el derecho a dominar y explotar las generaciones futuras. Pero, ¿cómo suponer, aunque sólo sea un instante, que los propietarios son los trabajadores o descendientes de trabajadores? ¿Quiere usted que le cuente los orígenes de la riqueza de todos los señores de nuestra comuna, tanto de los nobles de vieja estirpe como de los comendadores recién enriquecidos?

Ambrosio – No, no, por favor, dejemos a un lado las cuestiones personales.
Si hay riquezas mal adquiridas, no es esa una razón para negar el derecho de propiedad. Lo pasado, pasado y de nada sirve remover los vicios originales.

Jorge – No los removamos, si así lo desea. Para mí la cosa no tiene importancia. La propiedad individual debe ser abolida, no sólo porque puede haber sido más o menos mal adquirida, sino porque da el derecho y los medios de explotar el trabajo ajeno y, desarrollándose,

acaba siempre por poner la gran masa de los hombres bajo la dependencia de unos pocos.
Pero, a propósito, ¿cómo puede justificar usted la propiedad individual de la tierra con su teoría del ahorro? ¡De ella no puede decirse que ha sido producida por el trabajo de los propietarios o de sus antepasados!

Ambrosio – He aquí la cuestión. La tierra inculta, estéril, no tiene valor. El hombre la ocupa, la abona, la hace fructífera, y naturalmente tiene derecho a los frutos que sin su obra no habría producido la tierra.

Jorge – Perfectamente: ese es el derecho de los trabajadores a los frutos de su trabajo; pero ese derecho cesa apenas cesan de cultivar la tierra. ¿No le parece?
Ahora bien: ¿cómo es que los propietarios actuales poseen territorios, a menudo inmensos, que no trabajan para ellos mismos, que no han trabajado nunca y que, a menuda, no hacen siquiera trabajar a los otros? ¿Cómo es que pertenecen a personas privadas tierras que jamás fueron cultivadas? ¿Cuál es el trabajo, cuál es la mejora que puede haber dado origen, en tal caso, al derecho de propiedad?
La verdad es que para la tierra, como para los demás, y más todavía, el origen de la propiedad es la violencia. Y usted no logrará justificarla si no es aceptando el principio de que el derecho es la fuerza, en cuyo caso... ¡ay de ustedes si un día son los más débiles!

Ambrosio – Pero en suma, usted pierde de vista la utilidad social, las necesidades inherentes al consorcio civil. Sin el derecho de la propiedad no habría segu-

ridad ni trabajo ordenado; y la sociedad se disolvería en el caos.

Jorge – ¡Cómo! ¿ahora habla de utilidad social? ¡Pero si en nuestras primeras conversaciones yo no me ocupaba más que de los males que la propiedad produce, y usted me recordó la cuestión del derecho abstracto! Pero basta por esta noche. Discúlpeme, debo marchar. Volveremos a hablar.

CAPITULO VI

Jorge – Y bien: ¿han visto lo que ha sucedido? Alguien comunicó a un periódico la conversación que tuvimos la vez pasada, y, por haberla publicado, aquél periódico ha sido secuestrado[1]

Ambrosio – ¡Ah!

Jorge – No, usted no sabe nada, claro está... No comprendo cómo puede pretender tener razón cuando tiene tanto miedo de que el público oiga discutir sobre sus ideas. En aquel periódico estaban fielmente reflejados sus argumentos y los míos. Usted debería estar contento de que el público pueda apreciar las bases racionales sobre las cuales se apoya la presente constitución social, y hacer justicia a las vanas criticas de sus adversarios. ¡Pero al contrario, usted cierra la boca a la gente, confisca!

Ambrosio – Yo no intervengo en eso para nada; pertenezco a la magistratura judicial y no al ministerio público.

Jorge – Sí, sí, pero son todos colegas y el mismo espíritu les anima. Si mis conversaciones le aburren, dígamelo... e iré a hablar a otra parte.

---

1 Algunos de estos capítulos fueron escritos en 1897 y publicados en L'Agitazione, de Ancona, que era frecuentemente víctima del secuestro [censura].

Ambrosio – No, no, al contrario. Le confieso que me interesan mucho. Continuemos, y en cuanto al secuestro, diré una palabra al procurador del rey. Después de todo, tal como es la ley, nadie puede negarle el derecho a discutir.

Jorge – Continuemos pues. La otra vez, si me recuerdo bien, al defender el derecho de propiedad, usted tomó por base primero la ley positiva, es decir, el código, después el sentimiento de justicia, y por lo tanto la utilidad social. Permítame que recapitule en pocas palabras mis ideas al respecto. Según mi opinión, la propiedad individual es injusta e inmoral porque está fundada o bien sobre la violencia abierta o sobre el fraude, o sobre la explotación legal del trabajo ajeno; y es nociva porque obstaculiza la producción e impide que se obtenga de la tierra y del trabajo todo lo necesario para satisfacer las necesidades de todos los hombres, porque crea la miseria de las masas y engendra el odio, los crímenes y la mayor parte de los males que afligen la sociedad moderna. Por eso la quisiera abolida para substituirla por un régimen de propiedad común, en el cual todos los hombres, dando su justa contribución de trabajo, obtuviesen el máximo de bienestar posible.

Ambrosio – Pero verdaderamente yo no veo con que lógica llega usted a la propiedad común. Usted ha combatido la propiedad porque, según su opinión, deriva de la violencia y de la explotación del trabajo; ha dicho que los capitalistas regulan la producción en vista de su beneficio y no para satisfacer lo mejor que se pueda las necesidades del público con el menor esfuerzo

posible de los trabajadores; usted ha negado el derecho a obtener una renta de una tierra que no se cultiva con las propias manos, de prestar a interés el propio dinero o de sacar un beneficio empleándolo en la construcción de casas y otras industrias; pero el derecho del trabajador al producto del propio trabajo lo ha reconocido usted mismo; más aún, se ha hecho su paladín.
Por consiguiente, en lógica estricta, usted puede reclamar la verificación de los títulos de propiedad hecha según su criterio, la abolición del interés del dinero y de la renta; puede incluso pedir la liquidación de la sociedad presente y la división de las tierras y de los instrumentos de trabajo entre los que quieren servirse de ellos... pero no puede hablar de comunismo. La propiedad individual de los productos del trabajo personal deberá existir siempre; y si quiere que su trabajador emancipado tenga la seguridad del mañana, sin la cual no se hace trabajo alguno que no da un fruto inmediato, debe reconocer también la propiedad individual de la tierra y de los instrumentos de producción que uno emplee, al menos mientras los emplee.

Jorge – Muy bien, continúe; se diría que también usted está afectado de socialismo. Es una escuela diferente de la mía: pero, en fin, es siempre socialismo. Un magistrado socialista es un fenómeno interesante.

Ambrosio – No, no, nada de socialista. Lo hacía sólo para sorprenderle en contradicción y mostrarle que lógicamente debería ser no un comunista, sino un "repartidor", un partidario de la división de los bienes.

Y entonces le diría que el fraccionamiento de la propiedad haría imposible toda gran empresa y produciría miseria general.

Jorge – Yo, no soy repartidor, un partidario de la división de los bienes, ni, que yo sepa, lo es ningún socialista moderno. No creo que dividir los bienes sería peor que dejarlos unidos en manos de los capitalista; pero sé que esa división, si fuera posible, sería perjudicial para la producción. Además no podría durar y llevaría de nuevo a la constitución de las grandes fortunas, a la explotación a ultranza.

Digo que el trabajador tiene derecho al producto íntegro de su trabajo; pero se reconoce que ese derecho no es más que una fórmula de justicia abstracta; y significa, en la práctica, que no debe haber explotadores, que todos deben trabajar y todos deben disfrutar de los frutos del trabajo, según los modos que convengan entre sí.

El trabajador no es un ser aislado en el mundo, que viva por sí y para sí, sino un ser racional que vive en un cambio continuo de servicios con los demás trabajadores, y debe coordinar sus derechos con los derechos de los demás. Por lo demás, es imposible, máxime con los métodos modernos de producción, determinar en un producto cuál es la parte exacta de trabajo que cada trabajador ha proporcionado, como es imposible determinar, en la diferencia de productividad de cada obrero, o de cada grupo de obreros, que parte se debe a la diferencia de habilidad y de energía desplegada por los trabajadores y que parte depende de la diferencia de fertilidad del suelo, de la calidad de los instrumentos empleados, de

las ventajas o dificultades dependientes de la situación topográfica o del ambiente social. Y por lo tanto, la solución no puede encontrarse en el respeto al derecho estricto de cada uno, sino que debe buscarse en el acuerdo fraternal, en la solidaridad.

Ambrosio – Pero entonces no existirá la libertad.

Jorge – Al contrario, es entonces solamente cuando habrá libertad. Ustedes, los llamados liberales, llaman libertad al derecho teórico, abstracto, de hacer una cosa y serían capaces de decir, sin reír ni ruborizarse, de un hombre que ha muerto de hambre por no haber podido procurarse alimento que estaba libre de comer o no. Nosotros, al contrario, llamamos libertad a la posibilidad de hacer una cosa o no hacerla, y esta libertad, que es la única verdadera, se vuelve tanto mayor cuando crece el acuerdo entre los hombres y el apoyo que se dan entre sí.

Ambrosio – Usted ha dicho que si se dividieran los bienes, se reconstituirían pronto las grandes fortunas y se volvería al estado de antes. ¿Por qué?

Jorge – Porque desde el principio sería imposible ponerlos a todos en estado de perfecta igualdad y conservar luego esa igualdad. Las tierras difieren grandemente entre ellas, las unas producen mucho con poco trabajo y las otras poco con mucho trabajo; las ventajas y desventajas de toda especie que ofrecen las diversas localidades son grandes, y grandes también las diferencias de fuerza física e intelectual entre hombre y hombre. Ahora bien: en el momento de la división surgiría naturalmente la rivalidad y la lucha: las

mejores tierras, los mejores instrumentos, los mejores lugares irían a manos de los más fuertes o más inteligentes o más astutos. Por consiguiente, encontrándose los mejores medios materiales en manos de los hombres mejor dotados, éstos se verían pronto en posición muy superior a los demás, y, partiendo de estas ventajas primitivas, fácilmente aumentarían en fuerza, volviendo a comenzar así un nuevo proceso de explotación y expropiación de los débiles que reconstituiría la sociedad burguesa.

Ambrosio – Pero eso se podría impedir con buenas leyes que declarasen inalienables las cuotas individuales y circundasen a los débiles de serias garantías legales.

Jorge – ¡Uff! Usted cree siempre que se puede remediarlo todo con leyes. ¡No es en vano magistrado! Las leyes se hacen y se deshacen según el capricho de los fuertes.
Los que son un poco más fuertes que el término medio, las violan; los que son mucho más fuertes aún, las suprimen y hacen otras en su interés.

Ambrosio – ¿Y entonces?

Jorge – Entonces, se lo he dicho ya: es preciso sustituir la lucha entre hombres con el acuerdo y la solidaridad, para eso es preciso ante todo abolir la propiedad individual.

Ambrosio – Entonces, en resumen, seriamente, ¿es usted comunista? Todo es de todos, trabaja el que quiere y el que no quiere hace el amor; comer, bebe, divertirse. ¡Que país de Jauja! ¡Oh, que hermosa vida! ¡Oh, que bello manicomio! Ja, ja, ja.

Jorge – Al ver el aspecto que usted ofrece al querer defender con razonamientos esta sociedad que sólo se rige con la fuerza bruta, no me parece verdaderamente que tenga mucho de qué reír.
Sí, señor, soy comunista. Pero usted parece tener nociones muy extraña sobre el comunismo. La próxima vez trataré de hacérselo comprender. Por hoy, buenas noches.

CAPITULO VII

Ambrosio – Y bien, ¿quiere explicarme lo que es su comunismo?

Jorge – Con mucho gusto.
El comunismo es un modo de organización social en que los hombres, en lugar de luchar entre si por acaparar las riquezas naturales y explotarse y oprimirse recíprocamente, como en la sociedad actual, se asociarán y se pondrán de acuerdo para cooperar todos al mayor bienestar posible de cada uno. Partiendo del principio de que la tierra, las minas y todas las riquezas naturales pertenecen a todos y que a todos pertenecen también los productos acumulados y las adquisiciones de todo género de las generaciones pasadas, los hombres, en el comunismo, se entenderán para trabajar cooperativamente y producir todo lo necesario.

Ambrosio – He comprendido. Usted quiere, como decía un periodicucho que he tenido en manos en un proceso de anarquistas, *que cada uno produzca según sus fuerzas y consuma según sus necesidades;* o bien *que cada uno dé lo que pueda y tome lo que necesite.* ¿No es eso?

Jorge – Efectivamente, esas son máximas que solemos repetir a menudo; pero para que representen correctamente lo que sería una sociedad comunista tal como nosotros la concebimos, habría que saberlas

interpretar. No se trata, evidentemente, de un derecho absoluto a satisfacer todas las necesidades propias, pues las necesidades son infinitas, crecen más rápidamente que los medios para satisfacerlas, y por consiguiente su satisfacción es siempre limitada por las posibilidades de la producción; no sería útil ni justo que la colectividad, para satisfacer las necesidades excesiva, o mejor dicho, los caprichos, de algún individuo, se sometiese a un trabajo desproporcionado con la utilidad producida.

Y no se trata tampoco de concentrar en la producción todas las fuerzas personales, puesto que eso, tomado literalmente, significaría que es preciso trabajar hasta el agotamiento, es decir, que para satisfacer mejor las necesidades del hombre habría que destruir al hombre.

Lo que nosotros queremos es que todos estén lo mejor posible; es que todos alcancen el máximo de satisfacción con el mínimo de esfuerzo penoso. No podría darle una fórmula teórica que represente exactamente tal estado de cosas; pero cuando se hayan quitado de en medio a los patrones y a los gendarmes, y los hombres se consideren hermanos y piensen en ayudarse y no en explotarse unos a otros, la fórmula práctica de la vida social sería encontrada pronto. De cualquier modo, se obrará como se sepa y se pueda, salvo modificar y mejorar a medida que se aprendiese a hacerlo mejor.

Ambrosio – He comprendido: usted es partidario de la *prise au tas*, como dicen sus camaradas franceses; cada cual produce lo que mejor le parece y lo *echa al montón* o, si usted quiere, lleva a los almacenes comuna-

les lo que ha producido; y cada cual *toma del montón* todo lo que necesita y le place. ¿Es así?

Jorge – Advierto que usted está decidido a informarse un poco sobre la cuestión y supongo que ha ido a leer los documentos de los procesos más atentamente de lo que lo hace cuando se trata de enviarnos a la cárcel. ¡Si los magistrados y los policías hicieran como usted, lo que se nos roba en los allanamientos a nuestros domicilios serviría al menos de algo!

Pero volvamos al argumento. Tampoco esa fórmula de la *toma del montón* es más que un modo de hablar, que expresa la tendencia a querer sustituir el espíritu mercantil de hoy por el espíritu de fraternidad y de solidaridad, pero no indica ciertamente un modo concreto de organización social. Tal vez encuentre entre nosotros quien toma esa fórmula al pie de la letra, porque supone que el trabajo hecho espontáneamente será siempre superabundante y los productos se acumularían en tal cantidad y variedad que harían inútil toda regulación en el trabajo y en el consumo. Pero yo no pienso así: pienso, como le he dicho, que el hombre tiene siempre más necesidades que medios para satisfacerlas y me alegro de ello, porque ese hecho es causa de progreso; y creo que, aunque se pudiese, sería un derroche absurdo de energía el producir a ciegas para colmar todas las necesidades posibles, en lugar de calcular las necesidades efectivas y organizarse para satisfacerlas con la menor fatiga posible. Por lo tanto, una vez más, la solución está en el acuerdo entre los hombres y en los pactos tácitos o expresos, a que llegarán cuando hayan conquistado la

igualdad de condiciones y estén inspirados por el espíritu de la solidaridad. Trate de penetrar en el espíritu de nuestro programa y no se preocupe demasiado de las fórmulas, que, en el nuestro como en todos los otros partidos, no son más que una manera concisa e impresionante, pero casi siempre vaga e inexacta, de expresar una tendencia.

Ambrosio – ¿Pero no se apercibe que el comunismo es la negación de la libertad, de la personalidad humana? Tal vez haya podido existir en los tiempos primitivos de la humanidad, cuando el hombre, poco desarrollado intelectual o moralmente, estaba contento cuando podía satisfacer en la tribu sus apetitos materiales; tal vez es posible en una sociedad religiosa, monástica, que se propone la supresión de las pasiones humanas, que se vanagloria de la absorción del individuo en la comunidad conventual y hace de la obediencia el primer deber. Pero en la sociedad moderna, en tanto florecimiento de civilización producido por la libre actividad individual, con la necesidad de independencia y de libertad que atormenta y ennoblece al hombre moderno, el comunismo, si no fuese un sueño imposible, sería el regreso a la barbarie. Toda actividad sería paralizada; toda fecunda emulación para distinguirse, para afirmar la propia individualidad, se extinguiría...

Jorge – Y así sucesivamente...

Basta, no derroche su elocuencia. Esas son frases hechas que conozco desde hace mucho tiempo... y no son más que otras tantas mentiras, descaradas e incons-

cientes. ¡La libertad, la individualidad del que muere de hambre! ¡qué cruel ironía! ¡qué profunda hipocresía! Usted defiende una sociedad en donde la gran mayoría vive en condiciones animales, una sociedad en donde los trabajadores mueren de hambre y de miseria, donde los niños perecen a millares y a millones por falta de cuidados, donde las mujeres se prostituyen para tener qué comer; una sociedad donde la ignorancia entenebrece los espíritus, donde el que es instruido debe vender su saber y mentir para comer, donde ninguno está seguro del mañana – ¿y se atreve a hablarme de libertad y de individualidad?

Tal vez la libertad y la posibilidad de desarrollar la propia individualidad existirán para usted, para una pequeña casta de privilegiados... ¡y ni siquiera! Los mismos privilegiados son víctimas del estado de lucha entre hombre y hombre, que corrompe toda la vida social, y ganarían viviendo en una sociedad solidaria, libres entre libres, iguales entre iguales.

¿Cómo puede usted sostener que la solidaridad perjudique la libertad y el sentimiento de la individualidad? Si discutiésemos sobre la familia – y de ella hablaremos algún día – no dejaría usted de entonar uno de los himnos habituales a esa santa institución, base, etc., etc. Ahora bien: en la familia – en aquella al menos que se glorifica, no en la que existe realmente – reinan el amor y la solidaridad. ¿Sostendría usted que los hermanos serian más libres y desarrollarían mejor su individualidad si, en lugar de quererse bien y de trabajar todos de acuerdo por el bienestar común, se pusieran a robarse mutuamente, a odiarse y a darse bastonazos?

Ambrosio – Pero para regular la sociedad como una familia, para organizar y hacer marchar una sociedad comunista, se necesita una centralización intensa, un despotismo de hierro, un Estado omnipotente. ¡Figúrese qué potencia opresiva tendría un gobierno que dispusiera de toda la riqueza social y asignase a cada uno el trabajo que debe hacer y la parte que puede consumir!

Jorge – Ciertamente, si el comunismo tuviera que ser como lo concibe usted y alguna escuela autoritaria, sería imposible, o si fuera posible, se resolvería en una colosal y complicadísima tiranía, que provocaría necesariamente después una gran reacción.
Pero nada de todo eso hay en el comunismo que nosotros queremos. Nosotros queremos el comunismo libre, *anarquista*, si la palabra no le ofende, es decir, queremos que el comunismo se organice libremente, de abajo a arriba, comenzando por los individuos que se unen en asociaciones y continuando poco a poco por federaciones cada vez más complejas de asociaciones, hasta abarcar toda la humanidad en un pacto general de cooperación y de solidaridad. Y como ese comunismo se habrá constituido libremente, libremente también deberá mantenerse, por la voluntad de los interesados.

Ambrosio – ¡Pero para que todo eso fuese posible sería necesario que los hombres fueran ángeles, que fuesen todos altruistas! Y, al contrario, el hombre es por naturaleza egoísta, malo, hipócrita, haragán.

Jorge – Ciertamente, para que sea posible el comunismo se necesita que los hombres, en parte por impulso de sociabilidad y en parte por una justa comprensión de

sus intereses, no se odien entre sí y quieran ir de acuerdo y ayudarse mutuamente. Pero esto, lejos de ser una imposibilidad, es ya hoy un hecho normal y general. La presente organización social es causa permanente de antagonismos y conflictos entre las clases y los individuos; y si, no obstante, la sociedad puede mantenerse y no degenera literalmente en una horda de lobos que se devoran entre sí, es precisamente por el profundo instinto social humano que provoca los mil actos de solidaridad, de simpatía, de abnegación, de sacrificio se realizan en todos los momentos, sin pensar siquiera en ellos, y que hacen posible que la sociedad perdure no obstante las causas de disolución que lleva en su seno.

El hombre es al mismo tiempo egoísta y altruista y lo es en su misma naturaleza, diré así, biológica, pre-social. Si no hubiese sido egoísta, es decir, si no hubiese tenido el instinto de la propia conservación, no habría podido existir como individuo; y si no hubiese sido altruista, es decir, si no hubiese tenido el instinto de sacrificarse por los demás, cuya primera manifestación se encuentra en el amor a la prole, no habría podido existir como especia, ni con mayor razón, llegar a la vida social.

La coexistencia del sentimiento egoísta y del sentimiento altruista y la imposibilidad en la sociedad actual de satisfacerlos a ambos hace que hoy ninguno esté contento, ni siquiera los que ocupan una posición privilegiada. Al contrario, el comunismo es la forma social donde el egoísmo y el altruismo se confunden o tienden a confundirse – y todos los hombres lo aceptarán, porque originará el bien suyo y el bien de los demás.

Ambrosio – Será como usted dice; ¿pero cree que todos querrán y sabrán adaptarse a los deberes que impone una sociedad comunista? ¿Si, por ejemplo, la gente no quisiera trabajar? Sí, usted lo acomodará todo, en la imaginación, como mejor le agrade, y me dirá que el trabajo es una necesidad orgánica, un placer, y que todos rivalizarán para tener la mayor parte posible de ese placer.

Jorge – Yo no digo eso precisamente, aunque esa sea la opinión de muchos de mis amigos. Según mi manera de ver, lo que es una necesidad orgánica y un placer es el movimiento, la actividad tanto muscular como nerviosa; pero el trabajo es actividad disciplinada en vista de un fin objetivo, exterior del organismo. Y yo se muy bien que uno puede preferir los ejercicios ecuestres cuando, al contrario, sería necesario plantar coles. Pero creo que el hombre sabe adaptarse y se adapta muy bien a las condiciones necesarias para llegar al fin que persigue. Dado que los productos se obtienen del trabajo son necesarios para vivir, y nadie tendría los medios para obligar a los demás a trabajar para él, todos reconocerían la necesidad de trabajar y preferirían la organización donde el trabajo fuese menos penoso y más productivo como es, según mi opinión, la organización comunista.

Considere, además, que en el comunismo son los mismos trabajadores los que organizan y dirigen el trabajo, y por consiguiente, tienen el mayor interés en hacerlo agradable y fácil; considere que en el comunismo se formaría naturalmente una opinión pública que

condenaría la ociosidad como perjudicial a todos, y comprenderá que aunque hubiera ociosos, no serían más que una minoría insignificante que se podría compadecer y soportar sin daño sensible.

Ambrosio – Pero supóngase que, a pesar de sus previsiones optimistas, los ociosos fuesen muchos, ¿qué harían? ¿Los mantendrían lo mismo? ¡Entonces sería lo mismo mantener a los que llama burgueses!

Jorge – En verdad existiría una diferencia y grande; pues los burgueses no sólo nos quitan una parte de lo que producimos, sino que nos impiden producir lo que queremos. Yo no digo de ningún modo que habría que mantener los ociosos cuando fuesen tan numerosos como para originar perjuicios; tanto más cuanto que el ocio y el hábito de vivir a su capricho les daría también la idea de mandar. El comunismo es un pacto libre; el que no lo acepta, o no lo mantiene, queda fuera.

Ambrosio – ¿Pero entonces habría una nueva clase de desheredados?

Jorge – De ningún modo. Todos tienen derecho a la tierra, a los instrumentos de trabajo y a todas las ventajas de que puede gozar el hombre en el estado de civilización a que ha llegado la humanidad. Si uno quiere aceptar la vida comunista y las obligaciones que implica, es cuestión suya. Se acomodará como crea con aquellos con quienes esté de acuerdo, y si se encuentra peor que los demás, eso le demostrará la superioridad del comunismo y le impulsará a unirse con los comunistas.

Ambrosio – ¿Pero entonces uno sería libre de aceptar o no el comunismo?

Jorge – Ciertamente; y tendría los mismos derechos que tendrían los comunistas sobre las riquezas naturales y sobre los productos acumulados por las generación pasadas. ¡Qué diablo! ¿No le hablé siempre de libres acuerdos, de comunismo libre? ¿Cómo podría haber libertad si no hubiese alternativa posible?

Ambrosio – ¿Por tanto usted no quiere imponer sus ideas con la fuerza?

Jorge – ¿Está usted loco? ¿Nos toma por carabineros o por magistrados?

Ambrosio – Entonces bien, nada hay de malo. Cada cual es libre de soñar lo que quiera.

Jorge – Cuidado, sin embargo, con equivocarse; una cosa es imponer las ideas y otra es defenderse de los ladrones y de los violentos, y reconquistar sus propias derechos.

Ambrosio – ¡Ah, ah! por consiguiente, para reconquistar los derechos emplearán la fuerza, ¿no es así?

Jorge – Eso no se lo diré. Usted podría tejer sobre mi respuesta una requisitoria contra nosotros en algún proceso. Lo que le diré es que, ciertamente, cuando el pueblo tenga conciencia de sus derechos y quiera terminar... ustedes correrán el riesgo de ser tratados un poco rudamente. Pero eso dependerá de la resistencia que opongan. Si ceden de buena gana, todo será paz y amor; si en cambio, se obstinan, y yo estoy convencido de que se obstinarán, tanto peor para ustedes. Buenas noches.

CAPITULO VIII

Ambrosio – ¿Sabe usted? Cuanto más pienso en su comunismo libre más me persuado de que es usted... un hermoso original.

Jorge – ¿Y por qué?

Ambrosio – Porque habla siempre de trabajo, de disfrute, de acuerdo, de pactos, pero de autoridad social, de gobierno no habló nunca. ¿Quién regulará la vida social? ¿Quién será el gobierno? ¿Cómo será constituido? ¿Quién lo elegirá? ¿Cuáles serán los medios de que dispondrá para obligar a respetar las leyes y para castigar a los contraventores? ¿Cómo serán constituidos los varios poderes, legislativo, ejecutivo y judicial?

Jorge – De todos esos poderes suyos nosotros no sabemos qué hacer. Nosotros no queremos gobierno. ¿No sabe aún que soy anarquista?

Ambrosio – ¿No le digo que es usted un original? Comprendería aún el comunismo y admito que podría ofrecer grandes ventajas, pero si todo fuese regulado por un gobierno instruido que tuviese la fuerza de imponer a todos el respeto a la ley. ¡Pero así, sin gobierno, sin leyes! ¿Qué mare mágnum no sería?

Jorge – Lo preveía: antes era contrario al comunismo diciendo que éste tiene necesidad de un gobierno fuerte

y centralizado; ahora, después de oír hablar de una sociedad sin gobierno, aceptaría incluso el comunismo, siempre que hubiese un gobierno de puño de hierro. En suma, es la libertad la que le causa miedo.

Ambrosio – Eso querría decir que por huir de un escollo se va a dar en otro. Lo que es cierto es que una sociedad sin gobierno no puede existir. ¿Cómo quiere que las cosas puedan marchar sin regla, sin norma de conducta de ninguna especie? Sucedería que uno querría ir a la izquierda, otro a la derecha y la barca quedaría quieta, o más bien iría al fondo.

Jorge – Yo no le he dicho que no quiero ni reglas ni normas. Le dije que no quiero gobierno, y entiendo por gobierno un poder que hace la ley y la impone a todos.

Ambrosio – Pero si ese gobierno es elegido por el pueblo no representa más que la voluntad del pueblo mismo. ¿De qué podrá usted quejarse?

Jorge – Eso no es más que una mentira. Una voluntad popular, genérica, abstracta, no es más que una patraña metafísica. El pueblo está compuesto de hombres y los hombres tienen mil voluntades diferentes y variables según la diversidad de temperamentos y de circunstancias, y querer obtener de ellos, con la operación mágica de las urnas, una voluntad general común a todos, es simplemente un absurdo. Sería ya imposible para un hombre solo encargar a otro que siguiera su voluntad en todas las cuestiones que pudieran presentarse durante un determinado tiempo; porque ese hombre no podría decir él mismo anticipadamente cuál sería su voluntad en las diversas ocasiones. ¿Cómo podrá decirlo una colectivi-

dad, un pueblo, cuyos miembros están en desacuerdo en el momento mismo de dar el mandato?

Piense sólo un momento en el modo de hacer las elecciones – y advierta que entiendo hablar del modo cómo se podrían hacer cuando todos los hombres fuesen instruidos e independientes y por consiguiente el voto perfectamente consciente y libre. Usted, por ejemplo, vota por el que estima más adecuado para defender sus intereses y aplicar sus ideas. Eso es ya conceder mucho, porque usted tiene tantas ideas y tanta diversidad de intereses que no podrá encontrar un hombre que piense como usted siempre y sobre todas las cosa; pero, además, aquél a quien le da su voto, ¿será el que le gobernará? De ningún modo. Ante todo su candidato podrá fracasar y por lo tanto su voluntad no tendrá ya parte alguna en la llamada voluntad popular: pero supongamos que triunfe.

¿Será, por eso, su gobernante? Ni en sueños. No será más que uno entre tantos (en el parlamento italiano, por ejemplo uno entre 335) y usted será realmente gobernado por una mayoría de personas a quien no ha dado mandato alguno. Y esa mayoría (cuyos miembros han recibido tantos mandatos diferentes o contradictorios, o mejor dicho no han recibido más que una delegación general de los poderes, sin ningún mandato determinado) imposibilitada, aunque quisiera, para expresar una voluntad general que no existe y para contentar a todos, hará como le parezca o como les parezca a aquellos que dominen momentáneamente.

Vamos, es mejor dejar a un lado esa vieja ficción del gobierno que representa la voluntad popular.
Hay ciertas cuestiones de orden general sobre las cuales, en un momento dado, todo el pueblo se encuentra de acuerdo. Pero entonces, ¿para qué sirve el gobierno? Cuando todos quieren una cosa no necesitan más que hacerla.

Ambrosio – Pero, en suma, usted admitió que necesitamos reglas, normas de vida. ¿Quién deberá establecerlas?

Jorge – Los mismos interesados, aquellos que deban seguir esas normas.

Ambrosio – ¿Y quién impondrá ese respeto?

Jorge – Nadie, porque se trata de normas libremente aceptadas y libremente seguidas. No confunda usted las normas de que le hablo, que son convenios prácticos basados en el sentimiento de la solidaridad y en la preocupación que todos deberán tener por el bien colectivo, con la ley, que es una regla prescripta por algunos e impuesta por la fuerza de los demás. Nosotros no queremos leyes, sino pactos libres.

Ambrosio – ¿Y si alguien viola el pacto?

Jorge – ¿Por qué habría de violarlo si el pacto le conviene? Por lo demás, si fuera violado, eso serviría para advertir que el pacto no satisface a todos y que hay que modificarlo. Y todos buscarían un arreglo mejor, porque todos tienen interés en que nadie esté descontento.

Ambrosio – Por lo tanto, según parece, usted sueña con una sociedad primitiva en la que cada cual haría

lo que necesita por sí mismo y las relaciones entre los hombres serían pocas, restringidas y elementales.

Jorge – Nada de eso. Desde el momento que la multiplicidad y la complejidad de las relaciones produce a los hombres mayores satisfacciones morales y materiales, nosotros trataremos de tener las relaciones más numerosas y complejas posibles.

Ambrosio – Pero entonces tendrán necesidad de delegar funciones, de dar encargos, de nombrar representantes para establecer los acuerdos.

Jorge – Ciertamente. Pero no crea que esto equivale a nombrar un gobierno. El gobierno hace la ley y la impone, mientras que en una sociedad libre las delegaciones no tienen más que encargos determinados, temporales, para hacer ciertos trabajos, y esos encargos no dan derecho a ninguna autoridad y a ninguna compensación especial. Y las resoluciones de los delegados están siempre sujetas a aprobación de los mandantes.

Ambrosio – Pero usted no supone que todos estarán de acuerdo. Si hay gente a quien no convenga el orden social de ustedes, ¿qué harán?

Jorge – Esa gente se arreglará como crea mejor, y nosotros y ellos tomaremos acuerdos para no perjudicarnos recíprocamente.

Ambrosio – ¿Y si los otros quieren molestarles?

Jorge – Entonces... nos defenderemos.

Ambrosio – Ah, ¿pero no ve que de esa necesidad de defensa puede nacer un nuevo gobierno?

Jorge – Ciertamente que lo veo. Es precisamente por eso que le he dicho siempre que la anarquía no es posible más que después de haber sido eliminadas las mayores causas de conflicto, y cuando el acuerdo se haya convertido en interés de todos y el espíritu de solidaridad esté bien desarrollado entre los hombres.

Si se quisiera realizar hoy la anarquía, dejando intacta la propiedad individual y las otras instituciones sociales que se derivan de ella, pronto estallaría tal guerra civil, que un gobierno, aunque tiránico, sería acogido como una bendición.

Pero si al mismo tiempo que establece la anarquía suprime la propiedad individual, las causas de conflicto que subsistan no serán insuperables y se llegará al acuerdo, porque con el acuerdo todos serán beneficiados.

Por lo demás, se entiende que las instituciones valen lo que valen los hombres que las hacen funcionar, – y que la anarquía especialmente, que es el reino del libre acuerdo, no puede existir si los hombres no comprenden los beneficios de la solidaridad y no quieren ponerse de acuerdo.

Para eso hacemos propaganda.

CAPITULO IX

Ambrosio – Déjeme volver sobre su comunismo anárquico. Francamente, no puedo tragarlo...

Jorge – Oh, lo creo. Después de haber pasado toda la vida entre los códigos y las pandectas defendiendo el derecho del Estado y del propietario, una sociedad sin estado y sin propietarios en donde no habrá rebeldes y hambrientos que condenar a galeras le debe parecer algo del otro mundo.
Pero si quisiera hacer abstracción de su posición, si tuviera energía para vencer sus hábitos de espíritu y quisiera reflexionar sobre la cosa, sin prevenciones, comprendería fácilmente que, admitiendo que el fin de la sociedad debería ser el mayor bienestar posible de todos, el comunismo anárquico es la solución a que se llega necesariamente. Pero sí, al contrario, usted piensa que la sociedad ha sido hecha para engordar algunos pocos pillos a expensas de todos, entonces...

Ambrosio – No, no, admito que en la sociedad debe proponerse el bien de todos, pero no por eso puedo aceptar su sistema. Me esfuerzo verdaderamente por ponerme en su punto de vista, pues he tomado interés en la discusión y quisiera al menos darme una idea clara de lo que ustedes quieren; pero sus conclusiones me parecen de tal modo utópicas, de tal modo...

Jorge – Pero, en suma, ¿qué es lo que encuentra oscuro o inaceptable en la exposición que le he hecho?

Ambrosio – He ahí la cuestión... no sé... todo el sistema.

Dejemos a un lado la cuestión del derecho, sobre la cual no podremos entendernos; suponiendo que – como usted sostiene – todos tengan un derecho igual a gozar de la riqueza existente, comprendo que el comunismo pueda parecer el orden más simple y tal vez el mejor. Pero lo que no me parece de ningún modo posible es una sociedad sin gobierno.

Usted funda todo su edificio sobre la libre voluntad de los asociados...

Jorge – Justamente.

Ambrosio – Y este es su error. Sociedad significa jerarquía, disciplina, sumisión del individuo a la colectividad. Sin autoridad no hay sociedad posible.

Jorge – Todo lo contrario. La sociedad propiamente dicha no existe más que entre iguales; y los iguales tienen hábito de entenderse entre sí cuando halla placer y conveniencia en ello, pero no se someten uno al otro. Sus relaciones de jerarquía y sumisión, que le parecen la esencia de la sociedad, son relaciones de esclavo a patrón; y usted admitirá, creo yo, que el esclavo no es, propiamente hablando el asociado del amo, como el animal doméstico no es el asociado del hombre a quien pertenece.

Ambrosio – Pero ¿cree verdaderamente posible una sociedad donde cada cual haga lo que quiera?

Jorge – A condición, se entiende, de que los hombres quieran vivir en sociedad y se adapten, por consiguiente, a las necesidades de la vida social.

Ambrosio – ¿Y si no quieren?

Jorge – Entonces no habría sociedad posible. Pero como es sólo en la sociedad donde el hombre, al menos el hombre moderno, puede encontrar satisfacción a sus necesidades materiales y morales, es extraño suponer que quiera renunciar a lo que es para él condición de vida y de bienestar.

Los hombres se ponen difícilmente de acuerdo cuando discuten en abstracto; pero apenas hay algo que hacer que es necesario hacer y que interesa a todos, siempre que nadie tenga medios de imponer a los demás su voluntad y de obligarles a obrar como desea; pronto cesan las obstinaciones y las tiranteces del amor propio, se vuelven conciliadores y la cosa se realiza con la mayor satisfacción posible de cada uno.

Se comprende: nada humano es posible sin la voluntad de los hombres. Todo el problema, para nosotros, está en cambiar esa voluntad, es decir, en hacer comprender a los hombres que combatiéndose uno a otro, odiándose, explotándose recíprocamente, pierden todos, y en persuadirlos a que quieran un orden social fundado en el apoyo mutuo y en la solidaridad.

Ambrosio – Por consiguiente, para establecer su comunismo anárquico deberán esperar a que todos estén persuadido y tengan la voluntad de establecerlo.

Jorge – ¡Oh, no! ¡Bueno estaríamos! La voluntad es determinada en gran parte por el ambiente, y es proba-

ble que mientras duren las condiciones actuales la mayoría continuará creyendo que la sociedad no puede ser organizada diversamente a como lo está.

Ambrosio – ¿Y entonces?

Jorge – Entonces el comunismo y la anarquía serán establecidos entre nosotros... cuando seamos un número suficiente para establecerlos- convencidos de que si los demás ven que nos encontramos bien, harán pronto como nosotros. O al menos, si no pudiéramos realizar el comunismo y la anarquía, trabajaremos para que las condiciones sociales cambien de modo como para determinar la voluntad en el sentido que nosotros queremos. Comprenda bien: se trata de una acción reciproca, de la voluntad sobre el ambiente y del ambiente sobre la voluntad... Nosotros hacemos y haremos lo que podamos para que todo se encamine hacia nuestro ideal.
Lo que debe entender bien es esto. Nosotros no queremos violentar la voluntad de nadie; pero no queremos que otros violenten la nuestra o la del público. Nos rebelamos contra aquella minoría que explota y oprime al pueblo con la violencia. Una vez conquistada la libertad para nosotros y para todos, y, claro está, los medios para ser libres, es decir el derecho a servirnos de la tierra y de los instrumentos de producción, no contaremos ya más que con la fuerza de la palabra y del ejemplo para hacer triunfar nuestras ideas.

Ambrosio – Muy bien; ¿y cree llegar así a una sociedad que se rija simplemente por la voluntad concordante de sus miembros? Sería el caso de decir que eso sentaría un caso *¡sin precedente!*

Jorge – No tanto como lo imagina. En realidad ha sido siempre así, si se considera que los vencidos, los dominados, las bestias de carga y de matadero del consorcio humano no forman propiamente parte de la sociedad.

En los Estados despóticos, donde todos los habitantes son tratados como un rebaño al servicio de uno solo, ninguno más que el soberano tiene voluntad... y aquellos de quienes el soberano tiene necesidad para tener sumisa a la masa. Pero a medida que otros consiguen emanciparse y entrar en la clase dominadora, en la sociedad propiamente dicha, sea por medio de la participación directa en el gobierno, sea por medio de la posesión de la riqueza, la sociedad se va plasmando de manera como para satisfacer la voluntad de todos los dominadores. Todo el aparato legislativo y ejecutivo, todo el gobierno, con sus leyes, sus soldados, sus esbirros, sus jueces, etc., no sirve más que para regular y asegurar la explotación del pueblo. De otro modo los patrones encontrarían más simple y más económico ponerse de acuerdo entre sí y pasarse sin el Estado. Los burgueses mismos lo dicen... cuando olvidan por un momento que sin los soldados y sin los esbirros el pueblo iría a aguarles la fiesta.

Destruya las divisiones de clase, haga que no existan esclavos para el freno, e inmediatamente el Estado no tendrá razón de ser.

Por lo demás, aun hoy, la parte esencial de la vida social, tanto en la clase dominadora como n la dominada, se realiza por acuerdo espontáneo y a menudo entre in-

dividuos: por costumbres, punto de honor, respeto a la palabra dada, temor a la opinión publica, sentimientos de honestidad, de amor, de simpatía, reglas de buena conducta – sin ninguna intervención de la ley y del gobierno. Ley y gobierno se vuelven necesarios sólo cuando se trata de relaciones entre dominadores y dominados! ¡Entre iguales todos tienen vergüenza de llamar al esbirro, de recurrir al juez!

Ambrosio – No exagere. El Estado realiza también cosas útiles a todos, da la instrucción, vela por la salud pública, defiende la vida de los ciudadanos, organiza los servicios públicos... ¡No dirá que éstas cosas son cosas inútiles o perjudiciales!

Jorge – Oh, hechas como el Estado suele hacerlas, se podría casi decirlo. Lo cierto es que quien hace realmente esas cosas es siempre el trabajador, y el Estado, erigiéndose en su regulador, no hace más que transformarlas en instrumentos de dominación y volverlas en provecho especial de los gobernantes y de los propietarios. La instrucción se propaga si existe en el público el deseo de instruirse; la salud pública es próspera cuando el público conoce, aprecia y puede poner en práctica las reglas de la higiene y cuando existen médicos capaces de aconsejar bien a la gente; la vida de los ciudadanos está segura cuando los hombres son habituados a considerar como sagrada la vida y la libertad humanas y cuando... no hay jueces ni gendarmes para dar el ejemplo de brutalidad; los servicios públicos se organizan cuando el pueblo experimenta la necesidad de ellos.

El Estado no crea nada; en el menor de las hipótesis no sería más que un rodaje superfluo, un derroche inútil de fuerzas. ¡Pero si no fuese más que inútil!

Ambrosio – Basta. Pienso que me ha dicho lo suficiente; quiero reflexionar. Hasta la vista.

CAPITULO X

Gino (Obrero) – He sabido que se discute aquí por la noche sobre la cuestión social y he venido para hacer, con permiso de estos señores, una pregunta a mi amigo Jorge Dime, ¿es verdad que vosotros los anarquistas quisierais que no hubiese policía?

Jorge – Ciertamente. ¡Oh, qué es eso! ¿No estás de acuerdo? ¿Des de cuando te has vuelto amigo de los policías y de los carabineros?

Gino – No soy su amigo, tú lo sabes. Pero no soy tampoco amigo de los ladrones y de los asesinos y quiero que mi bien y mi vida sean guardados y bien guardados.

Jorge – ¿Y quién te guarda de los guardianes?... ¿Crees que los hombres se vuelven ladrones y asesinos sin causa alguna? ¿Y qué el mejor modo de proveer a la propia seguridad es el de echarse al cuello una banda de personas que, con el pretexto de defendernos, nos oprime y nos desuella y hace mil veces más daño que todos los ladrones y todos los asesinos? ¿O no sería mejor destruir las causas del mal obrando de manera que todos pudiesen estar bien sin quitarse uno al otro el pan de la boca, y que todos pudieran educarse y desarrollarse de manera como para desterrar del corazón las malas pasiones de la envidia, del odio y de la venganza?

Gino – ¡Qué dices! Los hombres son malos por naturaleza y si no hubiera leyes, jueces, soldados y carabineros para imponerles respeto, nos devoraríamos entre nosotros peor que los lobos.

Jorge – Si fuese así, habría una razón de más para no dar a nadie el poder de mandarnos y de disponer de la libertad ajena. Obligados a luchar contra todos, cada cual con las propias fuerzas, correríamos el riesgo de la lucha y podríamos ser de tanto en tanto vencedores o vencidos; seríamos salvajes, pero gozaríamos al menos de la libertad relativa de las selvas y de las ásperas emociones de la bestia de presa. Pero si diésemos voluntariamente a algunos el derecho a imponernos su voluntad, según tu opinión por el solo hecho de ser hombres, dispuestos a devorarnos, sería equivalente a entregarnos nosotros mismos a la esclavitud y a la miseria. Pues tú te engañas, amigo mío; los hombres son buenos o malos según las circunstancias. Lo que es común a todos es el instinto de conservación, la aspiración al bienestar y al desarrollo de sus propias facultades. Si para vivir bien es preciso causar mal a los demás, pocos y con muchos esfuerzos resistirán a la tentación. Pero haz de modo que los hombres encuentren en la sociedad de sus semejantes las condiciones de su bienestar y de su desenvolvimiento y habrá tanta dificultad en ser malos como la que existe hoy para ser buenos.

Gino – Supongámoslo. Pero en espera de que llegue la transformación social, la policía impide que se cometan delitos.

Jorge – ¿Lo impide?

Gino – En fin, impide un gran numero y entrega a la justicia los autores de los delitos que no pudo impedir.

Jorge – Ni siquiera eso es verdad. La influencia de la policía sobre el numero y la importancia de los delitos es casi nula. En efecto, cualesquiera que sean las reformas que se hagan en la organización de la magistratura, de la policía y de las prisiones, y por mucho que se aumente o se disminuya el número de los esbirros, mientras no cambien las condiciones económicas y morales del pueblo, la delincuencia permanecerá inalterada o poco menos. Al contrario, basta la más ligera modificación de las relaciones entre propietarios y trabajadores, o una alteración en el precio del trigo o de los demás alimentos de primera necesidad, o una crisis que deje a los obreros sin trabajo, o la propaganda de una idea que abra al pueblo nuevos horizontes y le aporte la sonrisa de nuevas esperanzas, para que de pronto se observen los efectos en la disminución o en el aumento de la delincuencia.

La policía, es verdad, envía a la cárcel a los delincuentes, cuando puede echarles mano; pero esto, puesto que no sirve para evitar nuevos delitos, es un mal agregado al mal, un sufrimiento más infligido inútilmente a seres humanos.

Y aun cuando la obra de la policía consiguiera evitar algún delito, eso no bastaría, ni con mucho, a compensar los delitos que provoca y las vejaciones que impone al público.

La función misma que ejercen, hace que los esbirros tengan sospechas de todo el mundo; haciéndolos cazadores de hombres, se les induce a poner su amor propio en el

descubrimiento de los “bellos” casos de delincuencia, creando en ellos una mentalidad especial que acaba a menudo desarrollando instintos absolutamente antisociales. No es raro el hecho de que el policía, que debería prevenir y descubrir el delito, lo provoca, al contrario, o lo inventa, en interés de su carrera o simplemente para darse importancia y hacerse necesario.

Gino – ¡Pero entonces los policías serían ellos mismos los malhechores! Eso puede ser verdad algunas veces, tanto más cuanto que el personal de policía no es reclutado siempre en la flor y nata de la población; pero en general...

Jorge – En general el ambiente obra inexorablemente, y la deformación profesional alcanza aun a aquellos que habrían sido llamados a cosas mejores.
Dime, ¿cuál puede ser o cuál puede llegar a ser la moralidad de uno que se compromete, por un salario, a perseguir, arrestar, martirizar a cualquiera que le sea indicado por sus superiores, sin preocuparse si es un reo o un inocente, si es un malhechor o un apóstol?

Gino – Sí... pero...

Jorge – Déjame que te diga algunas palabras sobre el punto más importante de la cuestión; es decir, sobre lo que son los llamados delitos que la policía se encarga de prevenir y reprimir.
Ciertamente, entre los actos que el Código castiga hay algunos que son y serán siempre malas acciones; pero son excepcionales, y dependen del estado de embrutecimiento y de desesperación a que la miseria reduce a los hombres.

Pero en general los actos castigados son los que lesionan los privilegios que los señores se atribuyeron y los que atacan al gobierno en el ejercicio de su autoridad. Por consiguiente, la policía, eficaz o no, sirve para proteger, no a la sociedad entera, sino, a los señores y a tener sometido al pueblo.
Tú hablabas de ladrones. Pero, ¿quién es más ladrón que el propietario que se enriquece robando el producto de trabajo de los obreros?
Hablabas de asesinos. Pero, ¿quién es más asesino que los capitalistas que, por no renunciar al privilegio de mandar y vivir sin trabajar, son la causa de las privaciones atroces y de la muerte prematura de millones de trabajadores, sin hablar de la continua hecatombe de niños?
Estos ladrones y estos asesinos, mucho más culpables y mucho más peligrosos que los pobres diablos impulsados al crimen por las miserables condiciones en que se encuentran, no son molestados por la policía: ¡más bien!...

Gino – En resumen: tú crees que, hecha la revolución, los hombres se volverán de inmediato, de los pies a la cabeza, angelitos. Todos serán respetuosos de los derechos ajenos; todos se querrán bien y se ayudarán; no habrá ya odios ni envidias... el paraíso terrestre, ¿no es así?

Jorge – De ningún modo. Yo no creo que las transformaciones morales tengan lugar repentinamente. Es verdad, un cambio grande, inmenso lo habrá por el solo hecho del pan asegurado y de la libertad conquis-

tada; pero todas las malas pasiones, que se encarnaron en nosotros por la acción secular de la esclavitud y de la lucha de cada uno contra todos, no desaparecerán de un golpe. Existirá por un largo tiempo aún quien se sentirá tentado a imponer con la violencia la propia voluntad a los demás, quien querrá aprovecharse de las circunstancias favorables para crearse privilegios, quien conservará hacia el trabajo la aversión que le han inspirado las condiciones de esclavitud en que está constreñido a trabajar hoy, etc.

Gino – Por tanto, ¿aún después de la revolución será preciso defenderse contra los malhechores?

Jorge – Muy probablemente. Bien entendido que entonces serán considerados malhechores no los que no desean morir de hambre sin rebelarse, y menos los que atacan la organización social actual y tratan de sustituirla por una mejor, sino aquellos que causen mal a todos, los que atenten a la integridad personal, a la libertad y al bienestar ajenos.

Gino – En consecuencia se necesitará siempre una policía.

Jorge – De ningún modo. Sería verdaderamente una imbecilidad si, para guardarse contra algún violento, algún haragán y algún degenerado, se abriese escuela de haraganería y de violencia, constituyendo un cuerpo de bandidos que se habitúan a considerar a los ciudadanos como carne de esposas y de prisión y a hacer de la caza al hombre su principal y única ocupación.

Gino – ¡Y entonces!

Jorge – Entonces nos defenderemos por nuestra cuenta.

Gino – ¿Y crees que eso sea posible?

Jorge – No sólo lo creo que sea posible que el pueblo se defienda por si mismo sin delegar a nadie la función especial de la defensa social; sino que estoy convencido que es el único modo eficaz.
¡Dime! Si mañana llega a tu casa alguien perseguido por la policía, ¿lo denunciarás?

Gino – ¡Estás loco! Ni aunque fuese el peor de los asesinos. ¿O es que me tomas por un policía?

Jorge – ¡Ah, ah! debe ser un buen oficio el de policía si todo hombre que se respeta se estimaría deshonrado ejerciéndolo, aun cuando lo considere útil y necesario a la sociedad.

Gino – Ciertamente.

Jorge – ¿Incluso por la fuerza?

Gino – Pero... ¡comprende! ¡si se le dejase libre, podría hacer daño a tanta gente!

Jorge – Ahora explícame, ¿por qué te guardarías bien de denunciar a un asesino, mientras llevarías al hospital, incluso con la fuerza, a un apestado o a un loco?

Gino – Pero... ante todo porque me repugna oficiar de policía, mientras que considero honrosa y humanitaria hacer de enfermero.

Jorge – Por tanto tú ves que el primer efecto de la policía es el de desinteresar a los ciudadanos de la defensa social, más aún: el de ponerlos de parte de aquellos a quienes, con razón o sin ella, persigue la policía.

Y además, cuando llevo alguien al hospital sé que lo dejo en manos de los médicos, los cuales tratan de curarlo para ponerlo en libertad en cuanto se haya vuelto inofensivo para sus semejantes. En todo caso, aunque sea incurable, tratan de aliviar sus sufrimientos y no le infligen nunca un tratamiento más severo del que es estrictamente necesario. Y si los médicos no cumpliesen con su deber, el público les obligaría a ello, porque se entiende que la gente está en el hospital para ser curada y no para ser martirizada.

Mientras que al contrario, si se consigna a alguien en manos de la policía, ésta considera cosa de amor propio el hacerlo condenar, importándole poco que sea reo o inocente; además lo encierra en una prisión donde, en lugar de tratar de mejorarlo a fuerza de atenciones afectuosas, hace todo lo posible para hacerlo sufrir y lo exaspera cada vez más, poniéndolo luego en libertad como enemigo mucho más peligroso para la sociedad de lo que lo era cuando entró en la cárcel.

Gino – Pero eso se podría modificar con una reforma radical...

Jorge – Para reformar, amigo mío, o destruir una institución, lo primero que hay que hacer es no crear una corporación interesada en conservarla.

La policía (y lo que digo de la policía se aplica también a la magistratura) al ejercer el oficio de enviar la gente a la cárcel y de masacrarla cuando se presenta la ocasión, acaba siempre por considerarse y por estar en lucha con el público. Se encarniza con el delincuente verdadero o supuesto con la misma pasión con que el cazador persi-

gue la caza, pero al mismo tiempo tiene interés en que haya delincuentes, porque ellos son la razón de su existencia; y cuanto más crece le número y la nocividad de los delincuentes, más crece el poder y la importancia social de la policía!

Para que el delito sea tratado racionalmente, para que se investiguen las causas y se haga realmente todo lo posible para eliminarlo, es preciso que este trabajo sea confiado a los que están expuestos a sufrir las consecuencias del delito, es decir, al pueblo entero, y no ya a aquellos para quienes la existencia del crimen es fuente de poder y de ganancias.

Gino – ¡Eh! Puede ser que tengas razón. Hasta la vista.

CAPITULO XI

Ambrosio – He reflexionado sobre lo que me ha dicho en nuestras conversaciones... y renuncio a discutir. No es porque me confiese vencido; pero... en suma, ustedes tienen mejores razones y el porvenir podría ser bien de ustedes.
Yo en tanto soy magistrado, y mientras existe la ley debo hacerla respetar. Usted comprende...

Jorge – ¡Oh, comprendo muy bien! Continúe, continúe. Será misión nuestra abolir las leyes y liberarlo así de la obligación de obrar contra su conciencia.

Ambrosio – Poco a poco, no he dicho eso... pero pasemos adelante.
Quisiera algunas explicaciones de usted. Podríamos quizás entendernos en las cuestiones referentes al régimen de la propiedad y a la organización política de la sociedad; después de todo son formas históricas que han cambiado muchas veces y que tal vez cambiarán aún.
Pero existen instituciones sagradas, sentimientos profundos del alma humana que ustedes ofenden continuamente: ¡la familia, la patria!
Por ejemplo, ustedes quieren poner en común todas las cosas. Naturalmente pondrán en común también las mujeres y harán así un gran serrallo, ¿no es verdad?

Jorge – Escuche: si quiere discutir conmigo, hágame el favor de no decir tonterías y de no hacer chistes de mal gusto. Es demasiado seria la cuestión que tratamos para esmaltarla con bromas vulgares.

Ambrosio – No... yo hablaba en serio. ¿Qué harán ustedes de las mujeres?

Jorge – Entonces tanto peor para usted, porque es verdaderamente extraño que no comprenda el absurdo de lo que ha dicho.
¡Poner en común las mujeres! ¿Y por qué no dice que queremos poner en común a los hombres? Lo que únicamente puede explicar ese concepto suyo es que ustedes, por hábito inveterado, consideran a las mujeres como seres inferiores hechos y puestos en el mundo para servir de animal doméstico y de instrumento de placer para el señor varón. Usted considera la mujer como una cosa y supone que es preciso asignarle el destino que se asigna a las cosas. Pero nosotros, que consideramos a la mujer como un ser humano semejante a nosotros y que debe disfrutar de todos los derechos y de todos los medios de que goza o debe gozar el sexo masculino, encontramos simplemente vacío de sentido la pregunta: ¿qué haréis de las mujeres? Pregunte, más bien: ¿qué es lo que harán las mujeres? y le responderé que harán lo que quieran y que, así como lo mismo que los hombres, tienen necesidad de vivir en sociedad, es seguro que querrán convenirse con sus semejantes machos y hembras para satisfacer sus necesidades con la mayor ventaja propia y de todos.

Ambrosio – Comprendo; ustedes consideran la mujeres como igual al hombre. Sin embargo, muchos hombres de ciencia, examinando la estructura anatómica y las funciones fisiológicas del organismo femenino sostienen que la mujer es naturalmente inferior al hombre.

Jorge – ¡Oh, se sabe bien! Siempre que haya alguna cosa que sostener, habrá algún hombre de ciencia dispuesto a hacerlo. Hay hombres de ciencia que sostienen la inferioridad de la mujeres, como hay otros que sostienen, al contrario, que las facultades de la mujer y sus capacidades de desenvolvimiento son equivalente a las del hombre, y que si hoy generalmente las mujeres son menos inteligentes que los hombres, eso depende de la educación que reciben y del ambiente en que viven. Si investiga bien encontrará también hombres de ciencia, o al menos mujeres de ciencia, que sostienen que el hombre es un ser inferior, destinado a liberar a la mujer de los trabajos manuales y dejarla entregada a sus vocaciones geniales. Sé que en América se ha sostenido esa tesis. Pero qué importa. Aquí no se trata de resolver un problema científico, sino de realizar un voto, un ideal humano. Proporcione a las mujeres todos los medios y la libertad de desenvolvimiento y resultará únicamente lo que puede resultar. Si la mujer será igual al hombre o si será más o menos inteligente, se verá en los hechos, y saldrá aventajada la ciencia misma, que tendrá entonces hechos positivos para sacar sus conclusiones.

Ambrosio – Por lo tanto, ¿ustedes no toman en consideración las facultades de que están dotados los individuos?

Jorge – En el sentido que deban crear derechos especiales, no. En la naturaleza no encontrará dos individuos iguales; pero nosotros reclamamos para todos la igualdad social, es decir, los mismos medios, las mismas oportunidades – y creemos que esta igualdad no sólo responde al sentimiento de justicia y de fraternidad que se ha desarrollado en la humanidad, sino que redunda en beneficio de todos, sean fuertes o débiles.
También entre los hombres, entre los varones los hay más y menos inteligentes, pero no por eso se admite que uno deba tener más o menos derechos que el otro. Hay quien sostiene que los rubios están mejor dotados que los morenos y viceversa, que las razas de cráneo oblongo son superiores a las de cráneo ancho o viceversa; y la cuestión, si tiene un fundamento en la realidad, es ciertamente interesante para la ciencia. Pero dado el estado actual de los sentimientos y de las idealidades humanas, sería absurdo pretender que los rubios y los dilococéfalos deben mandar a los morenos y a los braquicéfalos o al contrario. ¿No le parece?

Ambrosio – De acuerdo; pero volvamos a la cuestión de la familia. ¿Quieren ustedes abolirla u organizarla sobre otra base?

Jorge – He aquí. En la familia es preciso considerar las relaciones económicas, las relaciones sexuales y las relaciones entre padres e hijos.
En cuanto a la familia como institución económica, es claro que una vez abolida la propiedad individual y por consiguiente la herencia, no tiene ya razón de existir y desaparece de hecho. En este sentido, por los demás, la

familia es abolida ya por la gran mayoría de la población compuesta de proletarios.

Ambrosio – ¿Y para las relaciones sexuales? Ustedes quieren el amor libre, la...

Jorge – Vamos. ¿O es que cree usted verdaderamente que pueda existir el amor esclavo? Existirá la cohabitación forzosa, el amor simulado por la fuerza, por el interés o por la conveniencia religiosa o moral; pero el amor verdadero no puede existir, no se concibe si no es absolutamente libre.

Ambrosio – Eso es verdad. Pero si cada cual siguiese los caprichos que le inspiran el dios amor, no habría ya moral y el mundo se convertiría en un lupanar.

Jorge – ¡En lo que se refiere a moral, ustedes puede vanagloriarse verdaderamente de los resultados de sus instituciones! El adulterio, la mentira de toda suerte, odios largamente incubados, maridos que matan a las mujeres, mujeres que envenenan a los maridos, los infanticidios, los niños crecidos en medio de escándalos y las querellas familiares... ¿es esa la moral que usted teme amenazada por la libertad en el amor?

Hoy si que el mundo es un lupanar, porque las mujeres están obligadas a menudo a prostituirse por hambre; y porque el matrimonio, con frecuencia contraído por puro cálculo de intereses, es siempre en toda su duración una unión donde el amor o bien no entra de modo alguno o bien entra sólo como un accesorio.

Asegurad a todos los medios para vivir convenientemente, dad a las mujeres libertad completa de disponer de su persona, destruid los prejuicios religiosos y demás,

que vinculan a hombres y mujeres a una cantidad de conveniencias que se derivan de la esclavitud y que la perpetúan – y las uniones sexuales serán hechas por el amor, durarán tanto cuanto dure el amor, y no producirán más que la felicidad de los individuos y el bienestar de la especie.

Ambrosio – Pero, en suma ¿usted es partidario de las uniones perpetuas o temporales? ¿Quiere las parejas separadas y la variedad de las relaciones sexuales o la promiscuidad completa?

Jorge – Nosotros queremos la libertad.
Hasta aquí las relaciones sexuales han sufrido tanto la presión de la violencia brutal, de las necesidades económicas, de los prejuicios religiosos y de las prescripciones legales, que no es posible deducir cuál es el modo de relaciones sexuales que mejor responde al bienestar físico y moral de los individuos y de la especie. Ciertamente, una vez eliminadas las condiciones que hacen hoy artificiosas y forzadas las relaciones entre hombre y mujer, se constituirán una higiene y una moral sexual que serán respetadas, no porque sean leyes, sino por la convicción fundada en la experiencia, de que satisfacen el bienestar propio y el de la especie.
¡Pero eso no puede ser más que el efecto de la libertad!

Ambrosio – ¿Y los hijos?

Jorge – Comprenderá que una vez admitida la propiedad común, y establecido sobre sólidas bases el principio de la solidaridad social, el mantenimiento de los niños corresponde a la comunidad, y su ecuación estará a cargo y en interés de todos.

Probablemente todos los hombres y todas las mujeres amarán a todos los niños; y si, como creo seguro, los padres tuvieron un afecto especial por los nacidos de ellos, no tendrían más que motivos para regocijarse, sabiendo que está asegurado el porvenir de sus hijos y teniendo el concurso de toda la sociedad para su mantenimiento y educación.

Ambrosio – ¿Pero respeta al menos el derecho de los padres sobre los hijos?

Jorge – El derecho sobre los niños está hecho de deberes. El que más derecho tiene sobre ellos, es decir, el que más derecho tiene a guiarles y a cuidarles, es el que más los ama y más se ocupa de ellos: y así como los padres ordinariamente aman más que todos a sus hijos, es a ellos a quien compete principalmente el derecho a proveer sus necesidades. En esto no hay que temer contestaciones, porque si algún padre desnaturalizado ama poco a sus hijos y no los atiende, estará contento de que otros se ocupen de ellos y lo desembaracen de ese cargo. Pero si por derecho del padre sobre los hijos entiende usted el derecho a maltratarlos, a corromperlos, a explotarlos, entonces, ciertamente, niego de un modo absoluto ese derecho, y creo que ninguna sociedad digna de ese nombre lo reconocería y lo toleraria.

Ambrosio – Pero, ¿usted no piensa que esa manera de confiar la responsabilidad del mantenimiento de los niños a la colectividad provocaría un tal aumento de la población que no habría ya de qué vivir todos? Usted no quiere oir hablar de malthusianismo y dice que es una cosa absurda.

Jorge – Le he dicho ya otra vez que es absurdo pretender que la miseria presente dependa del exceso de población y absurdo el querer ponerle remedio con las prácticas malthusianas. Pero reconozco voluntariamente la gravedad de la cuestión de la población, y admito que en el porvenir, cuando todos los que nazcan tengan asegurado el sostén, la miseria podría renacer por exceso real de población. Los hombres emancipados e instruidos pensarán, cuando lo estimen necesario, en poner un limite a la multiplicación demasiado rápida de la especie; y agrego que no pensarán en serio sobre ello más que cuando, eliminados los acaparamientos, los privilegios, los obstáculos opuestos a la producción por la avidez de los propietarios y todas las causas sociales de la miseria, aparezca a todos sencilla y evidente la necesidad de proporcionar el número de los seres vivos a las posibilidades de la producción y también al espacio disponible.

Ambrosio – ¿Pero si los hombres no quieren pensar en eso?

Jorge – ¡Tanto peor para ellos!

Usted no quiere comprenderlo: no hay ninguna providencia, sea divina o natural, que se ocupe del bien de los hombres. Para su bien es necesario que los hombres se lo procuren por sí mismos, haciendo lo que juzguen útil y necesario para conseguir el fin.

Usted dirá aún: ¿pero si no quieren? En ese caso no conseguirán nada y permanecerán presa de las fuerzas ciegas que les circundan.

Lo mismo pasa hoy; los hombres no saben cómo hacer para ser libres, y si lo saben, no quieren hacer lo que es preciso hacer para liberarse. Y por eso siguen siendo esclavos.

Pero esperemos que más pronto de lo usted cree sepan y quieran. ¡Entonces serán libres!

CAPITULO XII

Ambrosio – Usted concluía el otro día que todo depende de la voluntad. Si los hombres quisieran ser libres, decía, si quisieran hacer lo que es preciso para vivir en una sociedad de iguales, todo marcharía bien; si no, peor para ellos. Eso estaría muy bien si todos quisieran la misma cosa; pero si los unos quieren vivir en la anarquía y los otros prefieren la tutela de un gobierno, si los unos están dispuestos a tomar en consideración las necesidades de la colectividad y los otros quieren gozar de los beneficios que se derivan de la vida social, pero no quieren adaptarse a las necesidades que nacen de la vida social, y quieren obrar a su modo sin ocuparse del daño que puede resultar para los demás, ¿cómo harían si no hay un gobierno que determine e imponga los deberes sociales?

Jorge – Si hay gobierno, triunfa la voluntad de los gobernantes, de su partido, de los cointeresados – y el problema, que es el de satisfacer la voluntad de todos, no es resuelto. Al contrario, la dificultad es agravada- La fracción que gobierna no solo puede ignorar o violentar la voluntad de los demás con medios propios, sino que dispone, para imponerse, de la fuerza de todos. Es el caso de la sociedad actual, en donde la clase obrera proporciona al gobierno los soldados y las riquezas que sirven para tener esclavizados a los obreros.

Creo haberlo dicho ya: queremos una sociedad en que todos tengan los medios para vivir como les parezca, pero en que ninguno pueda obligar a otro a someterse a su voluntad. Aplicados esos dos principios: la libertad para todos y los instrumentos de producción para todos, todo el resto viene naturalmente, por la fuerza de las circunstancias, y la nueva sociedad se organizará del modo que mejor convenga a los intereses de todos.

Ambrosio – ¿Y si algunos quieren imponerse con la fuerza material?

Jorge – Entonces serían el gobierno, o los aspirantes a gobernar, y nosotros los combatiríamos con la fuerza. Usted comprende que si queremos hoy hacer la revolución contra el gobierno, no será para someternos dócilmente mañana a nuevos opresores. Si éstos vencieran, la revolución sería vencida, y habría que volverla a hacer.

Ambrosio – Pero en suma, ¡admitirá principios morales, superiores a la voluntad, al capricho de los hombres y a los cuales todos están obligados a conformarse...! ¿al menos moralmente?

Jorge – ¡Oh! ¿Qué es esa moral superior a la voluntad de los hombres? ¿Por quién es prescrita? ¿de dónde procede?
La moral cambia según las épocas, los países, las clases, las circunstancias. Expresa lo que los hombres reputan la conducta mejor en un momento dado y en circunstancias dadas. En suma, para cada cual es conforme a la buena moral lo que le agrada y le parece bueno, por razones materiales o sentimentales.

Para usted la moral implica el respeto a la ley, es decir la sumisión a los privilegios que disfruta su clase; para nosotros todas las prescripciones morales se compendian en el amor entre los hombres.

Ambrosio – ¿Y los delincuentes? ¿Respetarán ustedes su libertad?

Jorge – Para nosotros, delinquir significa violentar la libertad de los otros. Cuando los delincuentes son muchos y poderosos, y tienen organizado su dominio de una manera estable, como es hoy el caso de los propietarios y de los gobernantes, es preciso la revolución para librarse de ellos.

Cuando, al contrario, la delincuencia es reducida a casos individuales de inadaptación o de enfermedad, tratamos de descubrir sus causas y de aplicarle los remedios oportunos.

Ambrosio – ¿Y entonces? Necesitaríamos una policía, una magistratura, un código penal, carceleros, etc.

Jorge – Y por consiguiente, dirá usted, la reconstitución de un gobierno, el regreso al estado de opresión bajo el cual estamos hoy.

En efecto, el mal mayor del delito no es tanto el hecho singular y transitorio de la violación del derecho por algún individuo, como el peligro de que sirva de ocasión y de pretexto para la constitución de una autoridad que, con la apariencia de defender la sociedad, la someta y la oprima.

Sabemos ya para qué sirven la policía y la magistratura, y cómo ellas son causas en lugar de ser remedio de innumerables delitos.

Es preciso, pues, tratar de destruir el delito eliminando sus causas y aun cuando quedase un residuo de delincuentes, las colectividades directamente interesadas deberán pensar en ponerlos en la imposibilidad de perjudicar, sin delegar en nadie la función especifica de persecutor del delito.
¿Conoce la fábula del caballo que pidió protección al hombre y lo hizo montar sobre su lomo?

Ambrosio – Bien, bien. En lo sucesivo hablaré para informarme y no para discutir.
Otra cosa. Dado que en esa sociedad todos son socialmente iguales, todos tienen derecho a los mismos medios de educación y de desenvolvimiento, todos tienen libertad plena de escoger la propia vía, ¿cómo haría para proveer a los trabajos necesarios? Hay trabajos agradables y trabajos penosos, trabajos sanos y trabajos insalubres. Naturalmente, todos escogerán los trabajos mejores: ¿Quién haría los otros, que son a menudo los más necesarios?
Y además, tenemos la gran división entre el trabajo intelectual y el manual. ¿No le parece que todos querrian ser doctores, literatos, poetas, y que ninguno querría cultivar la tierra, hacer zapatos, etc., etc.? ¿Y entonces?

Jorge – Usted quiere prever la sociedad del porvenir, sociedad de igualdad, de libertad y, sobre todo, de solidaridad y libre acuerdo, suponiendo que persistan las condiciones morales y materiales de hoy. Naturalmente, la cosa parece, y es, imposible.
Cuando todos tengan los medios, todos alcanzarán el máximo desenvolvimiento material e intelectual que

sus facultades naturales permiten: todos serán iniciados en las alegrías intelectuales y en los trabajos productivos; el espíritu y el cuerpo se desarrollarán armónicamente; en grados diversos, según las inclinaciones y la capacidad, todos serán hombres de ciencia y literatos, y todos serán obreros. ¿Qué sucedería entonces?
Imagínese que algunos millares de médicos, ingenieros, literatos, artistas, fuesen transportados a una isla vasta y fértil, provistos de instrumentos de trabajo y dejados a sí mismos.
¿Cree usted que se dejarían morir de hambre antes que trabajar con sus manos o que se matarían entre ellos antes que concertarse y dividirse el trabajo según las inclinaciones y las capacidades? Si hubiera trabajos que ninguno quisiera hacer, los harían todos por turno, y todos buscarían los trabajos insalubres y duros.

Ambrosio – Basta, basta. Tendría otras mil preguntas que hacerle, pero usted ambula en plena utopía y encuentra modo de resolver con la imaginación todos los problemas!
Preferiré que me hable un poco de los medios y del camino que se proponen para realizar sus sueños.

Jorge – Con mucho gusto, tanto más cuanto que, según mi opinión, aun siendo el ideal útil y necesario como faro que indica la meta final, la cuestión urgente es la de lo que se debe hacer hoy y en el porvenir inmediato. Hablaremos de ello la próxima vez.

CAPITULO XIII

Ambrosio – Por lo tanto, esta noche nos hablará de los medios con los cuales se propone realizar sus ideales... establecer la anarquía. Yo me los imagino ya. Serán bombas, masacres, fusilamientos sumarios; y además saqueos, incendios y otras dulzuras por el estilo.

Jorge – Señor mío, usted ha errado la dirección simplemente; usted ha creído hablar con algún oficial de esos que mandan a los soldados europeos cuando van a civilizar el África o el Asia, o cuando se civilizan entre sí en Europa.
Yo no pertenezco a esa categoría, le ruego que lo crea.

César – Creo, señor presidente, que nuestro amigo, que en resumidas cuentas nos ha mostrado que es un joven razonable, aunque demasiado soñador, espera el triunfo de las ideas de la evolución natural de la sociedad, de la propagación de la instrucción, del progreso de la ciencia, del desenvolvimiento de la producción.
Y, después de todo, no hay nada de malo en eso.
Si la anarquía debe venir, vendrá; es inútil romperse la cabeza para evitar lo inevitable. Además... ¡es una cosa tan lejana! Vivamos en paz, pues.

Jorge – ¡Sí, no habría verdaderamente razones para requemarse de bilis!

No, señor César: yo no cuento con la evolución, con la ciencia y con lo demás. ¡No habría poco que esperar! Y lo que aun es peor, ¡se esperaría en vano!

La evolución humana marcha en el sentido en que la impulsa la voluntad de los hombres y no hay ninguna ley natural que deba fatalmente llevar a la libertad más bien que a la división de la sociedad en dos castas permanentes, casi diré en dos razas, la de los dominadores y la de los dominados.

Todo estado social, desde el momento que ha encontrado las razones suficientes para existir, puede también persistir indefinidamente si los dominadores no encuentran una oposición consciente, activa, agresiva de parte de los dominados. Los factores de disolución y de muerte espontánea que existen en todo régimen, aun cuando no encuentre una compensación y un antídoto en otros factores de recomposición y de vida, pueden ser neutralizados por la acción de quien dispone de la fuerza y la dirige a su capricho.

Podría demostrarles, si no temiese ser demasiado extenso, cómo la burguesía va remediando aquellas tendencias naturales de que ciertos socialistas esperaban su muerte en breve plazo.

La ciencia es arma poderosa, que puede ser adoptada lo mismo para el mal que para el bien. Y así como en las condiciones de desigualdad actuales, es más accesible a los privilegiados que a los oprimidos, es más útil a aquellos que a éstos.

La instrucción, al menos la que va más allá de una embadurnamiento superficial y casi inútil, es inaccesible para las masas desheredadas – y además puede ser dirigi-

da en el sentido que quieran los educadores, o más bien de los que eligen y pagan a los educadores.

Ambrosio – ¡Pero entonces no queda más que la violencia!

Jorge – Eso es, la revolución.

Ambrosio – ¿La revolución violenta? ¿La revolución armada?

Jorge – Precisamente.

Ambrosio – Por consiguiente las bombas...

Jorge – No nos ocupemos de eso, señor Ambrosio Usted es magistrado, y a mí me desagrada tener que repetirle que no estamos en el tribunal, y yo, por el momento, no soy un acusado a quien puede tener interés en arrancar una palabra imprudente.

La revolución será violenta porque ustedes, las clases dominantes, se sostienen con la violencia y no muestran ninguna disposición a ceder pacíficamente. Habrá por tanto fuego de fusilería, cañonazos, bombas, ondas etéreas que harán estallar a distancia sus depósitos de explosivos y los cartuchos en las cartucheras de los soldados... habrá lo que haya. Esas son cuestiones técnicas que, si le parece, dejaremos a los técnicos.

Lo que puedo asegurarle es que, en lo que dependa de nosotros, la violencia, que nos es impuesta por la violencia de ustedes, no irá más allá de los estrictos limites asignados por las necesidades de la lucha, es decir que será determinada sobre todo por la resistencia que ustedes nos opongan. Si ocurriera algo peor, será debido a

su obstinación y a la educación sanguinaria que están dando al pueblo con su ejemplo.

César – ¿Pero cómo haréis esa revolución si sois cuatro gatos?

Jorge – Es posible que no seamos más que cuatro. A ustedes les agradaría eso y no quiero quitarles una ilusión tan dulce. Quiero decir que nos esforzaremos por ser ocho, y después dieciseis...
Ciertamente nuestra tarea, cuando no se presentan ocasiones de obrar mejor, es hacer propaganda para reunir una minoría de hombres conscientes que sepan lo que deben hacer y estén decididos a hacerlo. Nuestra misión es preparar la masa, o la mayor parte posible de la masa, y obrar en la buena dirección, cuando se presente la oportunidad. Y por buena dirección entendemos: expropiar a los detentores actuales de las riquezas sociales, destruir la autoridad, impedir que se constituyan nuevos privilegios y nuevas formas de gobierno, y reorganizar directamente, por obra de los trabajadores, la producción, la distribución y toda la vida social.

César – ¿Y si la ocasión no se presenta?

Jorge – Pues bien, trataremos de hacerla presentarse.

Próspero – ¡¡¡Cuántas ilusiones se hace muchacho!!! Usted cree estar aún en la época de los fusiles de chispa. Con las armas y con la táctica moderna serían masacrados antes de moverse.

Jorge – No está probado... A nuevas armas y nuevas tácticas se pueden oponer unas armas y una táctica de igual valor. Y además, esas armas están realmente en

manos de los hijos del pueblo, y ustedes, al obligar a todos a hacer el servicio militar, enseñan a todos su manejo.

¡Oh, ustedes no se imaginan cuán impotentes serán el día que haya un número suficiente de rebeldes!

Nosotros, los proletarios, la clase oprimida, somos los electricistas y los gasistas, somos nosotros los que conducimos las locomotoras, somos nosotros los que fabricamos explosivos, perforamos las minas, somos los que guiamos los automóviles y los aeroplanos, somos los soldados... somos nosotros, por tanto, los que les defendemos contra nosotros mismos. Ustedes no viven más que por la voluntad inconsciente de sus víctimas.

¡Cuidado con el despertar de las conciencias!...

Y además, ya saben, entre nosotros cada cual hace lo que quiere, y su policía está habituada a observar por todas partes, salvo donde está el peligro real.

Pero yo no quiero darles un curso de técnica insurreccional. Este es un asunto que... no les concierne. Buenas noches.

CAPITULO XIV

Vicente (Joven republicano) – ¿Permitís que intervenga en la conversación para hacer algunas preguntas y algunas observaciones?... El amigo Jorge habla de anarquía, pero dice que la anarquía debe venir libremente, sin imposiciones, por la voluntad del pueblo. Y dice también que para dar libre desahogo a la voluntad popular es necesario derrocar con la insurrección el régimen monárquico y militarista que hoy sofoca y falsea esa voluntad. Eso es lo que queremos los republicanos, al menos los republicanos revolucionarios, es decir, aquellos que quieren establecer verdaderamente la república. ¿Por qué, pues, no se declara nuestro amigo republicano?
En la república el pueblo es soberano, se hace lo que el pueblo quiere, y si el pueblo quiere la anarquía, se tendrá la anarquía.

Jorge – Verdaderamente creo haber dicho siempre voluntad de los hombres y no voluntad del pueblo, y si he dicho esto último ha sido una manera de hablar, una inexactitud de lenguaje, que por lo demás todo mi razonamiento ha corregido.

Vicente – Pero, ¿qué significan esas cuestiones de palabras? El pueblo, ¿no está compuesto de hombres?

Jorge – No es una cuestión de palabras, es una cuestión de sustancia: se trata de toda la diferencia entre la

democracia, que significa gobierno del pueblo y anarquía, que significa no gobierno, libertad de todos y de cada uno.
El pueblo es ciertamente compuesto de hombre, es decir de unidades conscientes, interdependientes todo lo que se quiera, pero que cada una tiene una sensibilidad propia y por lo tanto intereses, pasiones, voluntad particulares que, según los casos, se suman o se restan, se refuerzan o se neutralizan recíprocamente. La voluntad más fuerte, mejor armada, de un hombre, de un partido, de una clase, puede dominar, imponerse y conseguir hacerse pasar como voluntad de todos; pero en realidad lo que suele llamarse "voluntad del pueblo" es la voluntad de los dominadores – o es un híbrido producto de cálculos numéricos que no responde exactamente a la voluntad de nadie y no satisface a nadie.
Ya por la declaración misma de los demócratas, es decir de los republicanos (puestos que éstos son los verdaderos y únicos demócratas) el llamado gobierno del pueblo no es más que el gobierno de la mayoría que expresa y realiza su voluntad por medio de sus representantes. Por lo tanto, la soberanía de la minoría es un simple derecho nominal que no se traduce en los hechos; y notad que esta "minoría", además de ser a menudo la parte más progresiva y avanzada de la población, puede ser también numérica, cuando varias fracciones se encuentran en desacuerdo en presencia de una minoría compacta por comunidad de intereses y de ideas o por sumisión a un hombre que la guía.
Pero la parte que logra hacer triunfar los propios candidatos y que se llama mayoría que se gobierna a sí

misma, ¿es realmente gobernada según su voluntad? El funcionamiento del régimen parlamentario (necesario en toda república que no es una comuna independiente o aislada) hace que el representante de cada unidad del cuerpo electoral no sea más que uno entre tantos y no vale más que por una centésima o una milésima parte en la confección de aquellas leyes que deberían ser, en último análisis, la expresión de la voluntad de la mayoría de los electores.

Y ahora dejemos la cuestión de si el régimen republicano puede realizar la voluntad de todos y dime al menos, cuál es vuestra voluntad, qué es lo que quisierais que fuese la república y cuáles son las instituciones sociales que debe establecer.

Vicente – Está claro.

Lo que yo quiero, lo que quieren todos los verdaderos republicanos, es la justicia social, la emancipación de los trabajadores, la igualdad, la libertad y la fraternidad.

Una voz – ¡Sí, como en Francia, en Suiza y en América!

Vicente – Esas no son verdaderas repúblicas. Debéis criticar la república verdadera, la que queremos nosotros, y no los diversos gobiernos, burgueses, militaristas y clericales que toman en las diversas partes del mundo el nombre de república. De otro modo también yo, para combatir el socialismo y la anarquía, podría citar muchos que se dicen socialistas y anarquistas y son cualquier cosa.

Jorge – Muy bien. Pero ¿por qué las repúblicas existentes no han resultado repúblicas verdaderas? ¿Por qué,

habiendo partido todas o casi todas de aquel ideal de igualdad, libertad y fraternidad que es el vuestro y puedo decir también el nuestro, se han convertido y se convierten más y más en regímenes de privilegio, en donde los trabajadores son tan explotados y los capitalistas tan poderosos, el pueblo tan oprimido y el gobierno tan prevaricador como en cualquier régimen monárquico? Las instituciones políticas, los órganos reguladores de la sociedad, los derechos reconocidos a los individuos y a las colectividades por nuestra constitución son los mismos que habría en vuestra república. ¿Por qué han sido tan malas las consecuencias o al menos tan negativas, y por qué habrían de ser diferentes en la república que vosotros estableceréis?

Vicente – Porque... Porque...

Jorge – El por qué lo diré yo, y es que en aquellas repúblicas las condiciones económicas del pueblo permanecieron las mismas; permaneció inalterada la división de la sociedad en clase propietaria y clase proletaria, y por tanto el dominio verdadero quedó en manos de los que, poseyendo el monopolio de la producción, tenían a su disposición las grandes masas de los desheredados. Naturalmente, la clase privilegiada se dedicó a consolidar su posición, que podía haber quebrantado la sacudida revolucionaria de la que nació la república, y pronto las cosas quedaron como estaban... salvo, posiblemente, aquellas diferencias, aquellos progresos que no dependen de la forma de gobierno, sino de la conciencia acrecentada de los trabajadores, de la fe mayor en la propia

fuerza que adquieren las masas siempre que logran derribar un gobierno.

Vicente – Pero nosotros reconocemos toda la importancia de la cuestión económica. Estableceremos una tarifa progresiva que hará recaer sobre las espaldas de los ricos la mayor parte de las cargas públicas, aboliremos leyes aduaneras protectoras, estableceremos un impuesto sobre las tierras incultas, fijaremos un mínimo de salario, un máximo de precios, haremos leyes protectoras de los trabajadores...

Jorge – Y si consiguierais hacer todo eso, los capitalistas hallarían un modo de inutilizarlo o de volverlo en su beneficio.

Vicente – Entonces los expropiaremos incluso sin indemnización y haremos el comunismo.
¿Estás contento?

Jorge – No, no... el comunismo establecido por la voluntad del gobierno y no por la obra directa, voluntaria, de los grupos de trabajadores, no me sonríe verdaderamente. Si fuese posible eso, sería la tiranía más sofocadora a que haya estado nunca sometida una sociedad humana.
Pero vosotros decís: haremos esto o aquello, como si por el solo hecho de que seáis republicanos de la víspera, cuando la república haya sido proclamada, seréis vosotros mismos el gobierno.
Ahora bien, la república es el régimen de lo que llamáis la soberanía popular, y esa soberanía se expresa por medio del sufragio universal, el gobierno republicano será compuesto por los hombres que el sufragio designe.

Y como vosotros no habréis desecho en el momento mismo de la revolución el poder de los capitalistas, expropiándolos revolucionariamente, el primer parlamento republicano será como lo quieran los capitalistas... y si no el primero, que podría resentirse un poco de la tormenta revolucionaria, ciertamente los parlamentos sucesivos serán los que los capitalistas deseen, y se esforzarán por destruir lo poco de bueno que la revolución hubiera, por ventura, podido hacer.

Vicente – Pero, entonces, puesto que la anarquía no es posible hoy, ¿debemos soportar tranquilamente la monarquía quién sabe cuánto tiempo?

Jorge – De ningún modo. Podéis contar con nuestro concurso, como nosotros solicitaremos el vuestro, siempre que las circunstancias se presenten propicias para un movimiento insurreccional. Naturalmente, el alcance que nos esforzaremos por dar a ese movimiento será mucho más amplio de lo que quisierais vosotros; pero eso no impide el común interés que tenemos hoy en sacudir el yugo que nos oprime a nosotros y a vosotros. Después, veremos.

En tanto hagamos propaganda y tratemos de preparar las masas para que el próximo movimiento revolucionario realice la más profunda transformación social que sea posible, y deje abierto, amplio y fácil, el camino hacia progresos ulteriores.

CAPITULO XV

César – Volvamos a nuestra conversación habitual.
Según parece, la cosa que más inmediatamente les interesa es la insurrección; y admito que, por difícil que parezca, puedan hacerla y vencer en un día próximo o lejano. En sustancia los gobiernos se apoyan en soldados; y los soldados de la conscripción que van y quedan en el cuartel con repugnancia y porque son forzados a ellos, son un arma poco segura.
Ante una sublevación general del pueblo, los soldados, que son pueblo también, no resisten largo tiempo; y apenas es roto el prestigio y el miedo a la indisciplina, o huyen o se van con el pueblo.
Comprendo, pues, que haciendo mucha propaganda entre los trabajadores y entre los soldados, o entre los jóvenes que mañana serán soldados, puedan ustedes ponerse en situación de aprovechar una ocasión oportuna – crisis económica, guerra desgraciada, huelga general, carestía, etc. – y derrocar el gobierno. ¿Pero luego?
Usted me dirá: el pueblo obrará por sí mismo, organizará, etc. Pero esas son palabras. Lo que probablemente sucederá es que después de un período más o menos largo de desorden, de disipación y tal vez de estragos, un nuevo gobierno ocupará el puesto del caído, restablecerá el orden... y todo continuará como antes. ¿Para qué, pues, tanto derroche de fuerzas?

Jorge – Si debiese ocurrir lo que usted dice, no por eso habría sido inútil la insurrección, porque después de una revolución las cosas no vuelven nunca exactamente a su estado anterior, por el hecho que el pueblo ha disfrutado un período de libertad y experimentó también su fuerza y no es fácil hacerle aceptar de nuevo las condiciones de antes. El nuevo gobierno, si lo hay, comprende que no podría permanecer en el poder si no diese alguna satisfacción, y de ordinario trata de justificar su ascenso dándose el título de intérprete y continuador de la revolución.

Naturalmente, la misión que impondría el gobierno realmente sería impedir que la revolución fuese más lejos y restringir y alterar, con un fin de dominación, las conquistas de esa revolución; pero no podría volver las cosas a su estado de antes.

Y eso es lo que ha ocurrido en todas las revoluciones pasadas.

Pero nosotros tenemos razón para confiar que en la revolución próxima se obrará mucho mejor.

César – ¿Y por qué?

Jorge – Porque en las revoluciones todos los revolucionarios, todos los iniciadores y actores principales de la revolución querían transformar la sociedad por medio de leyes y querían un gobierno que hiciese e impusiese esas leyes. Era forzoso, pues, que se crease un nuevo gobierno y era natural que el nuevo gobierno pensase ante todo en gobernar, es decir, en consolidarse en el poder y por tanto en formar a su alrededor un

partido y una clase privilegiada interesada en su permanencia en el poder.
Pero ahora apareció en la historia un nuevo factor, representado por los anarquistas. Ahora hay revolucionarios que quieren hacer la revolución con fines puramente antigubernamentales, y por tanto la constitución de un nuevo gobierno hallaría un obstáculo que no encontró nunca en el pasado.
Además, los revolucionarios del pasado, queriendo hacer las transformaciones sociales, cualesquiera que fuesen, por medio de leyes, sólo tenían en cuenta las masas por el concurso material que debían prestar, y no se ocupaban de darles una conciencia de lo que debían querer y del modo como podían realizar sus aspiraciones. En consecuencia, naturalmente, el pueblo, bueno para destruir, pedía luego un gobierno cuando necesitaba organizar la vida social ordinaria.
Pero, al contrario, nosotros tendemos con nuestra propaganda y con las organizaciones obreras a constituir una minoría consciente que sepa lo que quiere y que, mezclada con la masa, pueda proveer a las necesidades inmediatas y tomar aquellas iniciativas que en otro tiempo se esperaban del gobierno.

César – Muy bien; pero como ustedes no serán más que una minoría y probablemente en muchas partes del país no tendrán ninguna influencia, se constituirá, sin embargo, un gobierno y tendrán que soportarlo.

Jorge – Es, en efecto, muy probable que un gobierno logre constituirse; pero que deberemos soportarlo... eso lo veremos.

Nótelo bien. En las revoluciones pasadas se tenía en cuenta ante todo la formación del nuevo gobierno y de ese gobierno se esperaba después el nuevo orden. Y en tanto, las cosas permanecían substancialmente en el mismo estado, y hasta se agravaban las condiciones económicas de las masas por la interrupción de la industria y del comercio. De ahí el cansancio que sobrevenía rápidamente, el apresuramiento por acabar y la hostilidad del público contra los que querían prolongar demasiado el estado insurreccional. Y así ocurría que quien se mostraba capaz de restablecer el orden, fuera un soldado afortunado o un político hábil y audaz, incluso el mismo soberano que había sido expulsado, era acogido con el aplauso popular como un pacificador y un libertador.

Nosotros, al contrario, entendemos la revolución de un modo diferente. Queremos que las transformaciones sociales a que tienda la revolución comiencen a realizarse desde el primer acto insurreccional. Queremos que el pueblo tome de inmediato posesión de la riqueza existente: que declare del dominio público los palacios de los señores y provea por iniciativa de los más voluntarios y activos a que toda la población sea alojada lo menos mal posible y se eche pronto mano, por medio de las asociaciones de constructores, a la edificación de las nuevas casas que se estimen necesarias; queremos que se comunalicen todos los productos alimenticios y bajo el control real del público, la distribución igual para todos; queremos que los obreros se substraigan a la dirección de los patrones y continúen la producción por cuenta suya y del público; queremos que se establezcan pronto

relaciones de cambio entre las diversas asociaciones productoras y las diversas comunas; y al mismo tiempo queremos que se quemen, que se destruyan todos los títulos y todos los signos materiales de la propiedad individual y del dominio estatal. Queremos, en suma, hacer sentir desde el primer momento a las masas los beneficios de la revolución y resolver las cosas de manera que sea imposible restablecer el orden antiguo.

César – ¿Y le parece que todo eso sea fácil de hacer?

Jorge – No, sé bien todas las dificultades que se encontrarán; preveo que nuestro programa no podrá aplicarse de inmediato en todas partes y que donde se aplique, dará lugar a mil choques, a mil errores. Pero el solo hecho de que haya hombres que quieren aplicarlo y que tratarán de realizarlo donde sea posible, es ya una garantía de que en lo sucesivo la revolución no podrá ser ya una simple transformación política y deberá proponerse un cambio profundo en toda la vida social.
Por lo demás, algo semejante, aunque en proporciones relativamente mínimas, fue hecho por la burguesía en la Gran Revolución francesa del fin del siglo XVIII, y el antiguo régimen no pudo restablecerse más a pesar del Imperio y la Restauración.

César – Pero si, no obstante todas sus buenas o malas intenciones, se constituye un gobierno, todos sus proyectos se desvanecerán y deberán someterse a las leyes como los demás.

Jorge – ¿Por qué?

Ciertamente, es muy probable que se constituya un gobierno o gobiernos. ¡Hay tanta gente que desea mandar y tantísima que está dispuesta a obedecer!
Pero que ese gobierno pueda imponerse, hacerse aceptar y convertirse en un gobierno regular es muy difícil si en el país hay bastantes revolucionarios y éstos han sabido interesar suficientemente a las masas para impedir que un nuevo gobierno halle el modo de hacerse fuerte y estable.
Un gobierno tiene necesidad de soldados, y nosotros haremos lo posible para que no haya soldados; tiene necesidad de dinero, y nosotros haremos lo posible para que nadie pague los impuestos y nadie le dé crédito. Hay comunas y tal vez regiones en Italia donde los revolucionarios son bastante numerosos y los trabajadores están bastante preparados para proclamarse autónomas y proveer por sí mismas a sus asuntos, rehusándose a reconocer el gobierno y a recibir a sus agentes o a mandarle sus representantes. Esas regiones, esas comunas serán centros de irradiación revolucionaria contra los cuales será impotente todo gobierno si se obra pronto y no se le deja el tiempo para armarse y consolidarse.

César – ¡Pero esa es la guerra civil!

Jorge – Puede ser que sí. Nosotros queremos la paz, anhelamos la paz... pero no sacrificaremos la revolución a nuestro deseo de paz. No la sacrificaremos porque sólo con ella se puede llegar a una paz verdadera y permanente.

CAPITULO XVI

Felipe (Mutilado de guerra) – No puedo contenerme más, y ustedes me permitirán decirles que estoy maravillado, diré casi indignado, viendo que, aun siendo de varias opiniones, parecen encontrarse de acuerdo en ignorar la cuestión esencial, la de la patria, la de asegurar la grandeza y la gloria de nuestra Italia.

Próspero, César, Vicente y todos los demás, menos Jorge y Luis (un joven socialista), protestan clamorosamente de su amor a Italia, y Ambrosio dice por todos: - En nuestras conversaciones no hemos hablado de Italia, como no hemos hablado de nuestras madres. No era necesario hablar de lo que está por encima de toda opinión y de toda discusión. Ruego a Felipe que no ponga en duda nuestro patriotismo, ni el de Jorge siquiera.

Jorge – Oh, no; el patriotismo mío pueden muy bien ponerlo en duda, porque yo no soy patriota.

Felipe – Sí, me lo imaginaba; usted es de aquellos que gritan ¡abajo Italia! y que quisieran ver nuestro país humillado y vencido, dominado por los extranjeros.

Jorge – De ningún modo. Esas son las calumnias habituales con que se trata de engañar a la gente para prevenirla contra nosotros. No excluyo que haya gente que

crea de buena fe esas patrañas, pero eso es fruto de la ignorancia y de la incomprensión.
No queremos ninguna suerte de dominación y por tanto no podemos querer que Italia sea dominada por otros países, como no quisiéramos que Italia dominase a los demás.
Consideramos como nuestra patria el mundo entero, como hermanos nuestros a todos los hombres; por tanto, sería para nosotros simplemente absurdo el querer humillado y perjudicado propiamente el país en que vivimos, en el que tenemos nuestros parientes, cuyo idioma hablamos mejor, el país que nos da más y a quien damos más en el cambio de trabajo, de ideas, de afectos.

Ambrosio – Pues ese país es la patria de quien continuamente blasfeman.

Jorge – No blasfemamos contra la patria, contra ninguna patria. Blasfemamos contra el patriotismo, contra lo que ustedes llaman patriotismo, que es orgullo nacional, que es predicación de odio contra los demás países, que es el pretexto para lanzar pueblos contra pueblos en guerras asesinas en provecho de mezquinos intereses capitalistas y de desmesuradas ambiciones de soberanos y de políticos.

Vicente – Poco a poco.
Tenéis razón si habláis del patriotismo de tantos capitalistas y de tantos monárquicos para quienes el amor a la patria es verdaderamente un pretexto; y yo desprecio y aborrezco como vosotros a quienes no arriesgan nada por la patria y a quienes en nombre de la patria se enriquecen con el sudor y la sangre de los trabajadores

y de los hombres sinceros de todas las clases. Pero hay hombres que son patriotas en serio, que han sacrificado o están dispuestos a sacrificar por la patria todo, bienes, libertad, vida.
Vosotros sabéis que los republicanos han estado inspirados siempre por el más alto patriotismo y que siempre han pagado con su persona.

Jorge – Admiro siempre a quien se sacrifica por sus ideas, pero eso no puede impedirme comprender que las idealidades de los republicanos y de los patriotas sinceros, que se encuentran ciertamente en todos los partidos, han sido superadas y no sirven más que para ofrece a los gobiernos y a los capitalistas una manera de enmascarar con motivos ideales sus vidas reales, de arrastrar las masas inconscientes y la juventud entusiasta.

Vicente – Pero, ¿cómo superadas? El amor al propio país es un sentimiento natural del corazón humano y no será superado nunca.

Jorge – Lo que vosotros llamáis amor al propio país es apego al país donde tenéis mayores lazos morales y también mayor seguridad de bienestar material, y eso es ciertamente natural y durará siempre, o al menos hasta que la civilización haya progresado, hasta el punto que todo hombre encuentre en realidad su país en todas las partes del mundo. Pero eso no tiene nada de común el mito patria que os hace considerar los demás pueblos como inferiores, que os hace desear el predominio del vuestro sobre los otros, que os impide apreciar y utilizar las obras de los llamados extranjeros y que quisiera haceros considerar a los trabajadores más afines a sus

patrones y a los esbirros compatriotas que a los trabajadores "extranjeros", con los cuales tienen de común los intereses y las aspiraciones.

Por lo demás, nuestro sentimiento internacional, cosmopolita, no es más que el desenvolvimiento, la continuación de progresos ya realizados. Podéis sentiros más apegados a vuestra aldea nativa o a vuestra región por mil motivos sentimentales y materiales, pero no por eso sois patriotas de campanario o regionalistas; os vanagloriáis de ser italianos y, si llegara el caso, pondríais el bien general de Italia por encima de los intereses locales y regionales. Si consideráis que ha sido un progreso ensanchar la patria de la comuna a la nación, ¿por qué encerrarse ahí y no abarcar el mundo entero en un amor general hacia el género humano y en una cooperación fraternal entre todos los hombres?

Ya hoy las relaciones entre país y país, los cambios de materias primas y de productos agrícolas e industriales son tales que un país que quisiera aislarse de los demás, o peor aún, ponerse en lucha con los demás, se condenaría a una vida raquítica y a un desastre definitivo. Abundan ya los hombres que por sus relaciones, por su género de trabajo y de estudio, por su posición económica se consideran y son verdaderamente ciudadanos del mundo.

Y por otra parte, ¿no veis que todo lo que hay de bello y de grande en el mundo es de carácter mundial, supranacional? Mundial es la ciencia, mundial es el arte, mundial la religión, que, a pesar de sus mentiras, es sin embargo una gran manifestación de la actividad espiritual de la humanidad. Universales, diría el señor Ambrosio,

son el derecho y la moral, pues cada cual procura ampliar a todo el género humano sus propias concepciones. Toda nueva verdad descubierta en un punto cualquiera del mundo, toda nueva invención, todo producto genial de un cerebro sirve, o debería servir para toda la humanidad.
Volver al aislamiento, a la rivalidad y al odio entre pueblos y pueblos, obstinarse en un patriotismo mezquino y antihumano, sería ponerse al margen de las grandes corrientes de progreso que impulsan a la humanidad hacia un porvenir de paz y de fraternidad, sería ponerse al margen y contra la civilización.

César – Usted habla siempre de paz y de fraternidad; pero déjeme hacerle una pregunta práctica. Si por ejemplo los alemanes o los franceses vinieran a Milán, a Roma, a Nápoles a destruir nuestros monumentos artísticos y a masacrar y oprimir a nuestros compatriotas, ¿qué haría usted?¿se alegraría?

Jorge – ¡Qué dice usted! Me apenaría ciertamente mucho y haría todo lo posible por impedirlo. Pero observe bien, igualmente me apenaría y haría todo lo que pudiera por impedirlo, si los italianos fuese a destruir, a oprimir y a masacrar a París, a Viena, a Berlín o a Libia.

César – ¿Igualmente de veras?

Jorge – En la práctica, tal vez no. Me desagradaría más el mal hecho en Italia en donde tengo más amigos, porque las cosas de Italia son la que conozco mejor y por consiguiente mis impresiones serían más vivas, más sensibles. Pero eso no quiere decir que el mal causado en Berlín sería menos mal que el causado en Milán.

Es como si mataran un hermano mío, un amigo. Sufriré ciertamente más de lo que sufro cuando matan a alguien a quien no conozco; pero ese no quiere decir que la muerte del que me es desconocido sea menos criminal que el asesinato del amigo mío.

Felipe – ¡Bien, ¿pero qué ha hecho para impedir una posible entrada de los alemanes en Milán?

Jorge – No he hecho nada. Más bien, mis compañeros y yo hemos hecho lo posible para mantenernos fuera del conflicto; pero es porque no habríamos podido hacer todo lo que habría sido útil y necesario.

Felipe – ¿Qué quiere decir eso?

Jorge – La cosa es clara. Nosotros nos hemos encontrado en situación de tener que defender los intereses de nuestros amos, de nuestros opresores y de deber hacerlo matando hermanos nuestros, trabajadores de otros países llevados al matadero como éramos llevados nosotros, por sus patrones y sus opresores. Y nos hemos rehusado servir de instrumento a los que son nuestros verdaderos enemigos, es decir, a nuestros amos.
Si hubiéramos podido antes liberarnos de los enemigos internos, entonces habríamos tenido que defender nuestra patria, y no la de esos señores. Habríamos ofrecido la mano fraternal a los trabajadores extranjeros enviados contra nosotros, y si éstos no hubieran comprendido y hubiesen querido continuar sirviendo a sus amos contra nosotros, nos habríamos defendido.

Ambrosio – Pero usted no se preocupa más que de los intereses de los trabajadores, de los intereses de su clase, sin comprender que, por encima de las clases, está

la nación. Hay sentimientos, tradiciones, intereses que unen a todos los hombres de una misma nación, a pesar de todas las diferencias de condiciones, de todos los antagonismos de clase.
Y además está el orgullo de la raza. ¿No se siente orgulloso de ser italiano, de pertenecer al país que ha dado la civilización al mundo y que aun hoy, a pesar de todo, se encuentra a la cabeza del progreso? ¿Cómo no ha sentido nunca la necesidad de defender la civilización latina contra la barbarie teutónica?

Jorge – Por favor, dejemos a un lado la barbarie de éste país o aquél.
Podría decirle que si los trabajadores no saben aprecias su "civilización latina", la culpa es de ustedes, de la burguesía que ha privado a los trabajadores de los medios de instruirse. ¿Cómo pueden pretender que uno se apasione por una cosa que nos han hecho ignorar?
Pero terminemos con estas mentiras. ¿A quién quiere hacer creer que los alemanes son más bárbaros que los demás, cuando hace unos años ustedes mismos estaban llenos de admiración ante todo lo que procedía de Alemania? Si mañana cambiasen las condiciones políticas y los interesados capitalistas fuesen diversamente orientados, dirán de nuevo que los alemanes están a la cabeza de la civilización y que los bárbaros son los ingleses y los franceses.
Pero, ¿qué importa eso? Si un país se encuentra más adelantado que otro tiene el deber de propagar su civilización, de ayudar a los hermanos atrasados y no debe aprovecharse de su superioridad para oprimir y para ex-

plotar... aunque no fuera más que porque todo abuso de poder lleva a la corrupción y a la decadencia.

Ambrosio – Pero de cualquier modo, respete al menos la solidaridad nacional que debe ser superior a toda competencia de clase.

Jorge – Comprendo. Es esa pretendida solidaridad nacional la que ustedes les interesa sobre todo, y es esa la que nosotros combatimos. Dado que solidaridad nacional significa solidaridad entre capitalistas y obreros, entre opresores y oprimidos, eso equivale a decir acomodamiento de los oprimidos con su estado de sujeción.
Los intereses de los trabajadores son opuestos a los de los patrones, y cuando por circunstancia especiales fuesen transitoriamente solidarios, nosotros trataremos de hacerlos antagónicos, pues la emancipación humana y todo el progreso futuro dependen de la lucha entre trabajadores y capitalistas que conducirá a la desaparición completa de la explotación y de la opresión del hombre por el hombre.
Ustedes pueden tratar aún de engañar a los trabajadores con las mentiras del nacionalismo; pero en vano. Pues ya los trabajadores han comprendido que sus hermanos son los trabajadores de todos los países, y que sus enemigos son todos los capitalistas y todos los gobiernos, nacionales y extranjeros.
Y con esto les doy buenas noches. Sé que no he convencido ni a los magistrados ni a los propietarios que me han escuchado. Pero para Felipe, Vicente y Luis, que son proletarios como yo, tal vez no haya hablado en vano.

CAPITULO XVII

Luis (Socialista) – Ya que todos han dicho su opinión, permítanme que diga también la mía.
Estoy solo aquí sobre mi manera de ver y no quisiera exponerme a la intolerancia combinada de burgueses y anarquistas.

Jorge – Me asombra que hable así.
Usted, más bien, tú, pues somos trabajadores ambos, y podemos, debemos considerarnos amigos y hermanos, tú parecer creer que los anarquistas son enemigos de los socialistas. Al contrario, somos sus amigos, sus colaboradores. Aunque muchos de entre los jefes socialistas han intentado e intentan aún poner en oposición el socialismo y el anarquismo, la verdad es que, sí socialismo significa una sociedad o la aspiración a una sociedad en que los hombre vivirán como hermanos, en la que el bien de todos sea condición del bien de cada uno, en la que nadie sea esclavo y explotado y todos tengan los medios para alcanzar el máximo desarrollo posible y disfrutar en paz de todos los beneficios de la civilización, no sólo nosotros somos socialistas, sino que tenemos el derecho a considerarnos socialistas más radicales y más consecuentes.
Por lo demás, incluso el señor Ambrosio lo sabe, pues ha enviado a muchos de los nuestros al presidio, en

Italia hemos sido nosotros los primeros en introducir, explicar y propagar el socialismo; si poco a poco acabamos por abandonar el nombre y por llamarnos simplemente anarquistas, ha sido porque a nuestro lado surgió otra escuela autoritaria y parlamentaria, que consiguió prevalecer y hacer del socialismo una cosa tan híbrida y acomodaticia que no se podía conciliar con nuestros ideales y con nuestros métodos y repugnaba a nuestros temperamentos.

Luis – En efecto, te he oído razonar y ciertamente estamos de acuerdo en muchas cosas, especialmente en la crítica contra el capitalismo.
Pero no estamos de acuerdo en todo, primeramente porque los anarquista no creen más que en la revolución y renuncian a los medios más civiles de lucha que han substituido los métodos violentos tal vez necesarios otras veces – y además, porque aunque se debiese terminar con una revolución violenta, sería preciso que pusiera en el poder un nuevo gobierno para hacer las cosas ordenadamente y no dejarlo todo al arbitrio y a la furia de las masas.

Jorge – Bien, discutamos. ¿Crees en serio que se pueda transformar radicalmente la sociedad, destruir el privilegio, echar abajo el gobierno, expropiar a la burguesía sin recurrir a la fuerza?
Espero que no te hagas la ilusión de que los propietarios y los gobernantes querrán ceder sin resistencia, sin emplear la fuerza de que disponen, y desempeñar en cierto modo el papel del ahorcado, por persuasión. Si no, pregunta a estos señores presentes que, si pudieran,

se desembarazarían de muy buena gana, y con los medios más expeditivos, de mí y de ti.

Luis – No, no me hago ilusiones.
Pero dado que los trabajadores tienen el voto político y administrativo y son la gran mayoría de los electores, me parece que, si supieran y quisieran, podrían enviar al poder sin muchos esfuerzos personas de su confianza, socialistas y si quieres también anarquistas, los cuales harían buenas leyes, nacionalizarían la tierra y las fábricas e instaurarían el socialismo.

Jorge – ¡Sí, si los trabajadores supieran y quisieran!
Pero si estuvieran tan adelantados como para comprender cuáles son las causas y los remedios de sus males, si estuvieran decididos a emanciparse de veras, entonces se podría tal vez hacer la revolución sin o con poca violencia, pero entonces podrían también hacer por sí mismos lo que desearan, y no habría necesidad de enviar al parlamento y al gobierno hombres que, aunque no se dejen embriagar y corromper, como tan a menudo acontece, por los atractivos del poder, se encontrarían en la imposibilidad de proveer a las necesidades sociales y de hacer lo que los electores esperan de ellos.
Pero, sin embargo, los trabajadores en su gran mayoría no saben y no quieren; y están en tales condiciones que no tienen la posibilidad de emanciparse moralmente si antes no mejoran su situación material. Por eso la transformación social debe tener lugar por iniciativa y por obra de aquellas minorías que por circunstancias afortunadas han podido elevarse sobre el nivel común – minorías numéricas que acaban después

siendo la fuerza preponderante y arrastrando consigo la masa atrasada. Observa los hechos y verás pronto que, precisamente por las condiciones morales y materiales en que se encuentra el proletariado, la burguesía y el gobierno logran obtener siempre el parlamento que les conviene. Y es por eso que conceden y dejan subsistir siempre el sufragio universal. Si vieran el peligro de ser desposeídos legalmente, serían los primeros en salir de la legalidad y en violar lo que llaman voluntad popular. Lo hacen ya siempre que por equivocación las leyes se vuelven contra ellos.

Luis – Tú dices eso, pero entre tanto vemos que el número de los diputados socialistas aumenta continuamente. Un día llegará a ser la mayoría y...

Jorge – ¿Pero no ves que cuando los socialistas entran en el parlamento, se domestican pronto y, de un peligro que eran, se convierten en colaboradores, en los sostenedores del orden vigente? En el fondo, enviando socialistas al parlamento, se hace un servicio a la burguesía, porque se quitan de entre las masas y se transportan al ambiente burgués, los hombres más activos, más capaces, más populares.
Por lo demás, ya te lo he dicho, cuando los diputados se volvieran verdaderamente un peligro, el gobierno los expulsaría a bayonetazos del parlamento y suprimiría el sufragio universal.

Luis – A ti te parece así porque concibes siempre las cosas de un modo catastrófico.
Al contrario, el mundo marcha poco a poco, por evolución gradual.

Es preciso que el proletariado se prepare a sustituir a la burguesía, educándose, organizándose, enviando sus representantes a todos los cuerpos deliberantes, y cuando esté maduro tomará en sus manos todas las cosas y se instituirá la nueva sociedad que aspiramos.
En todos los países civilizados aumenta el numero de los diputados socialistas y naturalmente también el apoyo que tienen en las masas.
Un día serán ciertamente la mayoría, y si entonces la minoría y su gobierno no quieren ceder pacíficamente e intentan suprimir con la violencia la voluntad popular, responderemos a la violencia con violencia.
Es preciso dejar tiempo al tiempo. Es inútil y es dañoso el querer forzar las leyes de la naturaleza y de la historia.

Jorge – Querido Luis, las leyes de la naturaleza no tienen necesidad de defensores: se hacen respetar por sí mismas. Los hombres las van descubriendo trabajosamente y se sirven de ellas para el bien o para el mal; pero, cuidado con aceptar como leyes naturales los hechos sociales que los interesados (en nuestro caso los economistas y los sociólogos que defienden la burguesía) califican de tales.
En cuanto a las "leyes de la historia", son formuladas después que la historia se ha hecho. Hagamos primero la historia.
El mundo marcha poco a poco o con prisa, va hacia delante o hacia atrás, según la resultante de un número indefinido de factores naturales y humanos, y es un error confiar en una evolución continua que procediese siempre en el mismo sentido.

Es ciertamente verdad que la sociedad está en continua, en lenta evolución ahora; pero evolución, en el fondo, no es más que cambio, y si hay algunos cambios en vía que nosotros consideramos buenos, es decir, que favorecen la elevación del hombre hacia un ideal superior de fraternidad y de libertad, otros, al contrario, refuerzan las instituciones vigentes o rechazan y anulan los progresos ya realizados.

Mientras exista entre los hombres el estado de lucha, ninguna conquista es segura, ningún progreso en la organización social se puede considerar como definitivamente adquirido.

Nosotros debemos utilizar y favorecer todos los factores de progreso y combatir, obstaculizar, tratar de neutralizar las fuerzas de regresión y de conservación.

Hoy los destinos de la humanidad dependen de la lucha entre trabajadores y explotadores y toda conciliación entre ambas clases hostiles, toda atenuación de la lucha, toda colaboración entre capitalistas y trabajadores, entre gobierno y pueblo hecha con la intención o el pretexto de atenuar los contrastes sociales, serviría sólo para favorecer la clase de los opresores, para consolidar las instituciones bamboleantes y, lo que es peor, para separar de las masas los elementos proletarios más evolucionados y formar una nueva clase privilegiada cointeresada en mantener la gran mayoría del pueblo en un estado de inferioridad y de sujeción.

Tú hablas de evolución y pareces creer que necesaria, fatalmente querámoslo o no los hombres, se llegará al socialismo, es decir, a una sociedad hecha para igual ventaja de todos, en la cual, perteneciendo a todos los

medios de producción, todos serían trabajadores, todos disfrutarían con igual título de todos los beneficios de la civilización.

Pero esto no es verdad. El socialismo vendrá si los hombres lo quieren y hacen lo que es preciso para realizarlo. De otro modo podría venir, en lugar del socialismo, un estado social en donde las diferencias entre hombre y hombre fuesen agrandadas y permanentes, en el que la humanidad estuviera dividida como en dos razas diversas, los señores y los siervos, con una clase intermedia que serviría para asegurar, con el concurso de la inteligencia y de la fuerza bruta, el dominio de los unos sobre los otros – o bien simplemente perpetuar el estado actual de luchas continuas, de mejoramientos o empeoramientos alternantes, de crisis y de guerras periódicas. Dice también que si se abandonasen las cosas a su curso natural, la evolución iría probablemente en el sentido opuesto al que quisiéramos nosotros, iría hacia la consolidación de los privilegios, hacia un equilibrio estable creado en provecho de los actuales dominadores, pues es natural que la fuerza sea de los fuertes, que quien comienza a luchar con ciertas ventajas contra el adversario, adquiera mayores ventajas aún en el curso de la lucha.

Luis – Tal vez tengas razón; pero precisamente por eso hay que utilizar todos los medios a nuestra disposición: educación, organización, lucha política.

Jorge – Todos los medios, sí, pero todos los medios que conducen al objetivo final.

Educación, ciertamente. Es lo primero que se necesita, pues si no se obra sobre el espíritu de los individuos si no se despierta su conciencia, si no se excita su sensibilidad, si no se suscita su voluntad no hay progreso posible. Y por educación no entiendo tanto la instrucción que se aprende en los libros, necesaria también, pero tan poco accesible a los proletarios, sino de la educación que se adquiere mediante el contacto consciente con la sociedad, la propaganda, las discusiones, el interés en las cuestiones públicas, la participación en las luchas por el mejoramiento propio y ajeno.

Esta educación del individuo es necesaria y sería suficiente para transformar el mundo si pudiese extenderse a todos. Pero sin embargo eso no es posible.

El hombre es influenciado, dominado, casi diré formado por el ambiente en que vive: y cuando el ambiente no es apropiado, sólo puede progresar luchando contra él. Y no existe en un momento dado más que un número limitado de individuos aptos, por capacidad congénita o por circunstancias especiales favorables, para elevarse por encima del ambiente, para reaccionar contra él y contribuir a transformarlo.

Y he aquí por qué es la minoría consciente la que debe romper el hielo y cambiar violentamente las circunstancias exteriores.

La organización; cosa óptima y necesaria, siempre que sea hecha para combatir el capitalismo y no para ponerse de acuerdo con él.

Y, además, nota bien. Si se quiere mejorar, hacer soportable el sistema capitalista y por consiguiente consagrarlo y perpetuarlo, entonces ciertos acomodos, ciertas

colaboraciones pueden parecer aceptables; pero si se quiere verdaderamente destruir el sistema, entonces es preciso ponerse claramente al margen y contra el sistema.
Y ya que la revolución es necesaria y de cualquier modo la cuestión deberá cambiar siempre con la revolución, ¿no te parece que es preciso prepararse desde ahora espiritualmente y materialmente, en lugar de ilusionar las masas y de debilitarles con la esperanza de poder emanciparse sin sacrificios y sin luchas cruentas?

Luis – Bien. Supongamos que tengas razón y que la revolución sea inevitable. Hay muchos socialistas que dicen también lo mismo. Pero será necesario siempre constituir un gobierno para dirigir y organizar la revolución.

Jorge – ¿Y por qué? Si no existe en medio de las masas un número suficiente de revolucionarios del brazo y del cerebro, capaz de proveer a las necesidades de la lucha y de la vida, la revolución no se hace, o si se hace, no triunfa. Y si ese número existe, ¿para qué puede servir un gobierno sino para paralizar la iniciativa popular y en sustancia para truncar la revolución misma?
En efecto, ¿qué queréis que haga un gobierno parlamentario o dictatorial?
Ante todo deberá pensar en asegurar su existencia en tanto que gobierno, es decir, constituir una fuerza armada para defenderse contra los adversarios y para imponer su voluntad a los recalcitrantes; después deberá informarse, estudiar, tratar de conciliar las voluntades

y los intereses en conflicto y por tanto hacer leyes... que probablemente no contentarán a nadie.
Entre tanto, habría que vivir. O la propiedad habría pasado de hecho a manos de los trabajadores y entonces, dado que es preciso proveer a las necesidades de todos los días, los trabajadores mismos deberán resolver los problemas de la vida sin esperar las decisiones de los gobernantes, a quienes no quedaría más que... declarar la propia inutilidad como gobernantes y confundirse en la multitud como trabajadores.
O bien la propiedad quedará en manos de los propietarios, y entonces éstos, detentando y disponiendo a su capricho de la riqueza, permanecerían los verdaderos árbitros de la vida social y hallarían el modo de que el nuevo gobierno compuesto de socialistas (de anarquistas no, porque los anarquistas no quieren ni gobernar ni ser gobernados) fuese forzado a doblegarse a la voluntad de la burguesía o sería pronto dejado a un lado.
No me extiendo más, porque debo partir y no sé cuándo regresaré. Estaremos un tiempo sin vernos. Reflexiona en lo que te he dicho. Espero que a mi regreso encuentre un nuevo compañero.

Salud a todos.

Índice

Errico malatesta, la acción y la propaganda revolucionaria 5
Capitulo I 9
Capitulo II 15
Capitulo III 21
Capitulo IV 27
Capitulo V 35
Capitulo VI 43
Capitulo VII 51
Capitulo VIII 61
Capitulo IX 67
Capitulo X 75
Capitulo XI 85
Capitulo XII. 95
Capitulo XIII 101
Capitulo XIV 107
Capitulo XV. 113
Capitulo XVI 119
Capitulo XVII 127